Lucho por mis sueños
Fernando Cárcamo

Lucho por mis sueños viene a ser una transcripción de ensoñaciones acaecidas entre agosto del 2015 y diciembre de 2020. Ya desde muy joven, tal y como menciono en algún capítulo de la presente obra, tenía por costumbre desarrollar esta singular y ociosa práctica.
Lucho por mis sueños presenta la originalidad de no ser obra voluntariosa, sino que, de alguna manera, *viene dada*, y, como no podría ser de otra manera, no entraña un significado claro ni una función específica.

Contemplando estos escritos con cierta perspectiva, creo que deben importar bien poco.
Tiendo a relacionarlos con una suerte de legajos viejos e inútiles, almacenados en algún desván perdido, arremolinados y desordenados, llenos de polvo en cajas de cartón, a la espera que algún nuevo propietario de la casa se deshaga de ellos para conservar otros enseres más relacionados con el tiempo presente.

El tabernero onírico

Anoche soñé que conocía a una chica estupenda. Llovía tímidamente y decidimos tomar unas cervezas en el refugio ofrecido por un bar donde ya había estado antes... con otra chica. El tabernero me informó de que la consumición nos costaría 1,50 pero en realidad pagamos 3,75. - Siempre dices 1,50 - le comenté. Mi acompañante se bebió su cerveza de un solo trago sin importarle que el tabernero había llenado los vasos con cerveza de lata.

Concierto en clase

Hará unos días, soñé que ofrecía un concierto en un aula. La clase estaba tenuemente iluminada y la profesora no tenía muchas ganas de impartir lecciones, así que me pidió que tocase algo de música. Había allí un piano electrónico con muchos botones y unas teclas quizá demasiado estrechas, en la última fila de pupitres. Era realmente incómodo tocar ese piano.
Cuando concluí la primera pieza, pieza que interpreté con numerosas faltas, la profesora me preguntó si había terminado, según parecía no era suficiente. - ¿Suficiente? - exclamé - he estado tocando durante quince minutos -. Rellené el espacio que quedaba de clase y al final de esta, recuerdo que el piano se caía de su soporte y había de sostenerlo en complicadas posturas.

No es la primera *pesadilla musical* que tengo, hace unos años recurría a un sueño en el que escuchaba un pequeño loop desafinado repitiéndose incansablemente. El loop siempre era el mismo, pero, de tanto escucharlo, al final parecía que estaba afinado. También he soñado en ocasiones que tocaba guitarras o bajos con cierta destreza sin que sepa hacerlo en la vida real. Otras veces he cantado en sueños y el sonido de mi voz adquiría resonancias insólitas.

El trineo

Recibía clases en una especie de nave abandonada en los márgenes de la costa. En uno de los recreos, empezaba a caminar por las rocas de la playa. Cada vez quedaban menos rocas sobre las que caminar porque la marea iba subiendo. Tuve que acercarme hasta una zona hotelera, con playas artificiales y acantilados blancos que empecé a escalar, sintiendo vértigo y que me faltaba la respiración. En uno de los acantilados encontré un barco de juguete con una forma muy extraña, plana y alargada, era -por lo visto- un barco destinado al transporte de verduras. Intenté ponerlo a flote y creo que lo conseguí, al menos parcialmente.

Con el tiempo, los acantilados blancos se convirtieron en una pista de nieve y pronto estuve ocupado en diseñar un trineo para una competición donde en vez de bajar una ladera, había que remontarla. Tomé medidas y puse muelles encima de unos esquíes para amortiguar los impactos. En el trineo coloqué algunos muñecos y algo de marihuana. A medida que el trineo fue ascendiendo por la ladera, este se fue deshaciendo y desmembrando, dejando tras de sí un surco de grasa, como si en vez de un trineo fuera un bocadillo. Los muñecos quedaron bastante accidentados -uno perdió una pierna- y la marihuana fue desapareciendo. Cuando el trineo no avanzaba más, enarbolamos una bandera en la pista de nieve, con motivo de señalar su marca.

El corto

Soñé que realizaba un cortometraje que daba comienzo con una animación. Uno de los personajes llevaba puesto un vestido rojo muy vivo, intenso, similar al color de algunas flores llamativas. El vestido se fue decolorando, pudriéndose, y tuvimos problemas para reproducir aquel color rojo tan fantástico, así que lo sustituimos por un azul eléctrico, con toques de violeta, también muy vistoso.

La siguiente toma estuvo ubicada en una habitación con una cristalera a través de la cual entraban los últimos rayos anaranjados del sol de la tarde. Había conseguido hacerme con un sobre lleno de documentos en árabe sobre la muerte de una chica en un atentado. Junto a los papeles, en el sobre, había también unas rosas envueltas en plástico.
Los documentos presentaban diferentes formatos, algunos eran de aspecto burocrático, otros se asimilaban más a un emotivo y fúnebre panegírico. Los dispuse todos cuidadosamente sobre un escritorio-cama, añadiendo algunos útiles de escritura, junto con las rosas.
En aquella pequeña habitación había demasiado personal de rodaje, tomé algunos planos, uno especialmente interesante con las cortinas de la ventana meciéndose con el viento. Sin embargo, ninguna toma resultaba buena porque siempre se colaba alguien por algún lugar del plano.
La luz se estaba desvaneciendo y me iba desesperando pues aquel era el último día de rodaje y aunque toda aquella gente estaba trabajando conmigo y tratándome de ayudar, en realidad estaban arruinando el corto. Los papeles de la mesa se descolocaban, temía que alguno se perdiera y las rosas quedaron aplastadas. Enfurecido, me puse a blasfemar y obligué a todo el personal abandonar el plató.

Cuando conseguí algunos planos de la mesa con los papeles, me puse a grabar la última toma del corto. Utilicé un gran objetivo para captar los márgenes de la costa selvática que se divisaba desde la habitación, rodeada de montañas. Fui ejecutando un trávelin desde las alturas de aquella habitación, pero a la mitad del recorrido iba cegándome con los reflejos del sol sobre las aguas, obligándome a apartar la vista del objetivo. Entró entonces un amigo a ayudarme con la grabación, tomó la cámara, y utilizó una lente de color violeta, supongo que para tamizar aquella luz blanca cegadora.
En un principio le dejé hacer, pero luego vi que el resultado era pésimo y me volví a enfurecer. Estaba mi amigo trajinando con la cámara cuando un meteorito impactó sobre una de las montañas. Maldecí de nuevo, pues aquel importante cataclismo no había quedado grabado. Agarré la cámara y enfoqué a la montaña, de donde salía despedido un espeso humo negro. La onda expansiva del meteorito (que en realidad era otro atentado de autoría islámica) no tardaría en alcanzarnos, de tal modo que cerré la ventana para que el agua y la tierra no entrase en la habitación, donde todo estaba limpio y ordenado, dispuesto para el rodaje.

Pero mi hermano había dejado otra ventana abierta y la habitación comenzó a quedar abnegada. Discutí inútilmente con mi hermano y finalmente opté por cerrar su ventana. La habitación iba sumergiéndose en el agua, pronto no quedaría mucho oxígeno en su interior. Me mantenía preocupado por preservar la cámara y su contenido a salvo en una frágil bolsa de plástico.

Hombres, robots y dinosaurios

Anoche soñé que me encontraba en un mundo postapocalíptico con parajes montañosos y llenos de vegetación. El protagonista permanecía en una especie de fábrica abandonada e intentaba acceder a un conducto de ventilación, pero una rejilla de metal se lo impedía. Huía de algo, o de alguien.
Al final, la rejilla cedió gracias a la ayuda de un pequeño robot que accionaba un mecanismo y el protagonista, experto en robótica, desmontó el robot, que tenía una luz roja. Pretendía arreglar el robot con restos de otro robot. También quería volver a dejar la rejilla tapando el conducto, pero ya era tarde pues los dinosaurios que le acechaban merodeaban cerca.

Los dinosaurios eran muy voraces y esquilmaban grandes superficies boscosas de las montañas. Algunos se desplazaban en motocicletas y prendían fuego a los montes. Buscaban humanos, pero si estos no se movían ni emitían ninguna luz podían pasar desapercibidos. Como los robots que funcionaban también tenían luces, pues también estos acababan destruidos por los dinosaurios. Aquí y allá había restos de construcciones de una civilización humana, como la fábrica abandonada, y también robots desmembrados, entre la maleza.

Nuestro protagonista logró acercarse a una vieja casa en ruinas y allí descubrió un ermitaño que vivía confinado en un pequeño aseo, con un ordenador. El anciano también reparaba robots. Nuestro protagonista se internó en el aseo y cerró tras de sí las puertas de cristal que amortiguaban el ruido que pudiera alertar a los dinosaurios. Sin embargo, a pesar de las precauciones, los dinosaurios llegaron hasta la casa y sus habitantes huyeron. El protagonista iba camino de un acantilado y el ruido de sus pasos orientaba a los dinosaurios, que le perseguían rápido en sus motocicletas. Cuando llegó al borde del precipicio, el protagonista dio un salto a un lado y los dinosaurios cayeron por el precipicio.

Me encontraba en una casa rural. Había pasado allí unos días y tenía que abandonarla, de modo que hice la maleta. La dueña de la casa se quejaba de mí, porque lo había dejado todo desordenado y recuerdo que me ponía a fregar platos. La dueña, en cambio, estaba muy contenta con el resto de los huéspedes, quienes se pusieron a cantar a coro una canción magnífica.

Un diente se me cayó. Estaba hueco y lleno de algo que parecían diamantes relucientes. Fui a enseñárselo a mis padres y me puse a recoger todos los diamantes que habían quedado diseminados, tratando de recomponer el diente para que el dentista lo pudiera ver. Mis padres me avisaron que eso no me serviría de nada y era verdad, pues los diamantes perdían su brillo y empezaban a deshacerse.

La cama Renault

Mi hermano y yo íbamos a recoger las llaves de un edificio viejo. Hablamos con el portero y nos dijo que los vecinos estaban muy enfadados porque, a causa de una falta de luz en nuestro piso, el ascensor había dejado de funcionar. De este modo, me aseguré nada más acceder a la vivienda de subir los plomos, mientras escuchaba algunas airadas protestas de vecinos enojados procedentes del descansillo. Nos dedicamos a comprobar el estado de la vivienda y dejamos la puerta entornada, pues los antiguos inquilinos habían quedado en llevarse algunas cosas. Esto provocó que varios vecinos entrasen en la vivienda. Observé que había un televisor con el logo de un antiguo bar, que había sido retocado con algunas líneas. Sin duda aquellos cambios habían arruinado bastante la imagen original. *Se deben de haber gastado una pasta en diseño*, pensé.

Mientras llegaban los inquilinos, mi hermano, los vecinos que habían entrado al piso y yo, nos pusimos a jugar al fútbol en un patio. El patio estaba sucio, lleno de alquitrán. Por fin, los antiguos inquilinos llegaron. Me encontraba un poco preocupado porque toda aquella gente hubiera entrado sin permiso y sin preservar la intimidad de su casa, y me dispuse a ayudar a los inquilinos a sacar de la vivienda unas cajas de tornillos.
Cogí tres cajas de golpe, no pesaban demasiado. Mi hermano pretendió ayudarme mezclando los tornillos de dos cajas, cosa que no me pareció del todo bien. - No lo hagas si no estás muy seguro - me avisaron. Con las cajas, descendí dificultosamente por los bordes de una vieja escalera de madera y llegué a la recepción lujosa de un antiguo hotel. Había espejos, alfombras y puertas giratorias. Ya en la calle, vi que había abandonado el número 41 y, según creía, la casa debía ser el 30 o el 31, así que tenía que dar la vuelta a la manzana para dejar los tornillos en la furgoneta blanca que habían traído los antiguos inquilinos para la mudanza.

Nos dispusimos a dormir. Éramos cinco, así que preparamos tres camas. Yo compartía una litera elevada con dos niños y me fui deslizando hacia otra, acabando encima de un chico. No conseguía conciliar el sueño, me sentía incómodo, así que pregunté al chico si le molestaba. Aunque me dijo que no, era evidente que le estaba aplastando. Decidí, en vista de todo esto, preparar otra cama. Mientras retiraba un montón de cojines azules, quedé dormido en ella. Me dormí dentro de mi propio sueño pensando que era una cama Renault.

El teléfono

Me encontraba en Palma de Mallorca con mi familia y mi padre había adquirido recientemente una gran casa en obras que recuerdo había aparecido en otros sueños anteriores a este. Dadas sus grandes dimensiones, iba a ser difícil alquilársela a alguien, pero por mediación de una agencia encontramos un posible cliente. El cliente era extranjero y quedamos con él en la otra punta de la isla con motivo de efectuar un contrato de arrendamiento.
Cogimos el coche y, subiendo una cuesta empedrada, nos encontramos con un enorme todoterreno de frente, que no frenó hasta que lo tuvimos a unos escasos centímetros de distancia. Se enfadó mi padre y yo le daba la razón, alegando que si nosotros subíamos la cuesta y el todoterreno la bajaba, teníamos preferencia de paso.

Tratábamos de encontrar aparcamiento en un centro comercial y tenía pinta que no íbamos a llegar a tiempo para la firma del contrato, pero mi padre argumentó que, en cualquier caso, podía pedir los datos por teléfono.

Deambulamos por el centro comercial para luego salir a la calle. Allí, nos encontramos con el resto de mi familia y decidimos coger el coche para volver a casa. Esperaríamos a que mi padre trajera el coche a una calle, de manera que nos apostamos en un lugar donde podría apartarse de la carretera sin obstruir la circulación. Pero mi padre se había sentado en un portal. Me acerqué a ver qué ocurría. Mi padre se descalzó y dijo que tenía un rasguño en el pie que le provocaba daño al andar.
Así pues, tomé las llaves del coche y me dirigí hasta el centro comercial. Atravesé un campo donde me desorienté, así que utilicé el GPS del móvil hasta que encontré una casa. Trepé un poco sobre el tejado, pero detrás de la casa no estaba el centro comercial. Al lado de la casa, había una verja con algunos agujeros y, detrás de la verja, sí estaba el centro. Me disponía a escalar por la verja cuando la dueña de la casa anexa, que estaba en la piscina, llamó mi atención. Le expliqué que tenía el coche aparcado en el centro y que solo iba a recogerlo. Siendo así, pareció tranquilizarse.
Unos guardias de seguridad vinieron del otro lado de la verja y tuve que volver a explicarme. Los guardias abrieron una puerta y les devolví la llave de un pequeño candado con la que me había quedado.

Al volver al centro comercial, este se había transformado en una especie de prisión. Fui al nivel donde recordaba haber aparcado el coche y allí se estaban celebrando varios partidos de fútbol. El vehículo no estaba. Subí otro nivel más, a una especie de buhardilla, y allí había otro partido de fútbol, ni rastro tampoco del coche.
Permanecí recluido en un nivel, junto con otros presos y descubrimos una forma de hacer señales de luz con un pequeño espejo hacia el resto de las ventanas de la prisión. No servía de mucho pues todas estaban tapiadas con contraventanas de acero que tenían grafitis pintados.

Hablé con los guardias de seguridad y al final acordaron concederme la libertad. Me metieron en un autobús, a mí y a otros presos. A medio camino protesté pues, recordamos, había quedado con mi familia en una calle aledaña al centro, así que cuando el autobús había recorrido cierto camino, me apeé. Dos chicas también se bajaron del autobús.
Me agradó su compañía, pues el camino de vuelta era largo y así no tendría que hacerlo solo. Intentaba contactar con mi familia por el móvil, pero este se desmontaba y no le quedaba mucha batería.

El museo

Recibí un tuit de un conocido diciendo que estaba orgulloso de escuchar mi música en la exposición de un museo. Al instante, ojeé un catálogo antiguo con algunas pinturas que no me gustaron demasiado. Según parece, me atribuían la autoría de las mismas.
Decidí visitar el museo, a fin de ver la exposición, y lo hice en compañía de una amiga. Escogí un día que no hubiera mucho público y pensaba, en suma, en ir de incógnito. Nos colamos por una puerta, subimos gracias a un ascensor, y en la primera planta pudimos ver algunos cuadros. Al poco rato se personó el comisario. Argumentamos que ya nos íbamos del museo.

En la calle había un piano y mi amiga y yo nos pusimos a tocar. El piano se plegaba y tenía un registro donde abundaban los graves, las teclas negras estaban a la misma altura que las blancas. Un mendigo que estaba sentado cerca intervenía de vez en cuando.

De vuelta a casa, contesté el tuit del conocido, señalando que aquellas pinturas no las había ejecutado yo, entonces los del museo me respondieron que, al no conocer el autor, podrían atribuírmelas y de este modo ganaría dinero con los derechos. Quedé pensando para qué había ido al museo de incógnito si todo, finalmente, se había solucionado de forma telemática.

La virgen

Éramos los propietarios de unas catacumbas oscuras y llenas de agua, pero parte de ellas eran propiedad de otros dueños. Íbamos a visitarlas en una barca. El agua era fría y transparente y los techos cavernosos, bastante altos. En una de las paredes estaba colgada una virgen con unas velas, lo cual señalaba la propiedad de aquella cueva.
Pusimos nuestra respectiva virgen y nuestra vela para señalar que a partir de entonces también éramos dueños. Tendríamos que cambiar las velas cada cierto tiempo pues estas se consumían, pero eso no era lo peor; con el calor de las velas, la virgen también se iba derritiendo.
De esta suerte, cambié la vela correspondiente y traté de modelar la virgen derretida.

El héroe

Un hombre fundaba una comunidad en un mundo postapocalíptico. Había excavado una especie de ciudad subterránea a la que se accedía mediante un tipo de montaña rusa. La tierra era completamente negra y, en la superficie, solo se podían encontrar ruinas de edificaciones.
Una familia intentaba acceder a los diferentes niveles de la ciudad, pero no estaban en posesión del certificado requerido para viajar, así que, constantemente, andaban evitando a las autoridades.
Para acceder a los vagones que comunicaban la ciudad, había grandes colas de gente de pie y sentada.

La familia tuvo que emigrar a una zona portuaria bajo la constante amenaza de la desaparición. El mar estaba embravecido y las olas llegaban hasta el mismo puerto, cercado por verjas metálicas agujereadas, con cámaras de vigilancia diseminadas por todo el perímetro.

Un superhéroe se alojaba en un apartamento y para protegerse, tapaba las ventanas de la vivienda con viejos cuadros de la muralla china. El superhéroe estaba descansando en la azotea del edificio, en una tumbona debajo de la cual había colocado un taburete, cuando un grupo de maleantes se aproximaba al puerto y salió a interceptarlos.

Muertos

Una amiga publicaba en internet que había encontrado una empresa de servicios con la que estaba muy contenta. La gente le dejaba comentarios asegurándole un éxito rotundo.
La empresa en cuestión se dedicaba a resucitar muertos y, en esta ocasión, habían resucitado a su abuela. Para ello, habían introducido el cadáver en una vitrina de vidrio y, debajo de él, habían colocado unos muelles para que se incorporase. Sobre la cara de la difunta proyectaban imágenes de otra cara que gesticulaba y, a través de unos altavoces, reproducían la voz de la difunta, con frases reveladoras.

La habitación donde sucedía este macabro experimento era una mezcla entre iglesia y hospital, con mármol blanco y biombos turquesa típicos de quirófano. Yo observaba todo a través de destellos de relámpagos artificiales, humo, y encontraba en todo cierto aire mexicano.

El bufet libre

Soñé anoche que cenaba en un bufet libre con mi padre. Buscaba platos de comida que me gustasen, pero no encontraba ninguno. Finalmente, me decanté por una tortilla de queso. Después de comérmela, volví a por más, pero el plato se había agotado. Cogí algo que parecía tortilla de queso, pero en realidad era un *foie gras* grasiento, con el pico del pato incluido.

Andaba subiendo y bajando por los estantes de acero del bufet y me sentía realmente cansado de andar de un lado para otro. Cuando volví a las mesas, observé que muchas estaban siendo ocupadas, así que salté un biombo y ocupé una mesa al lado de un reservado. Un anciano fue a sentarse en frente de mí. El anciano parecía conocer a gente de mi familia. Traía consigo un perro que se subió a mis piernas y yo intenté apartar, pero resultaba imposible.

El proceso de selección

Era de noche y llegaba hasta unas oficinas. Para trabajar allí había de superar unas pruebas. En cada prueba irían eliminando a un candidato. No recuerdo la primera prueba, que superé exitosamente, pero en la segunda tenía que firmar dentro de un recuadro, de forma que la firma quedara lo más recta y centrada posible. Pregunté si podía servirme de uno de los extremos del recuadro y me dijeron que sí. Firmé y, debido a las exigencias, mi firma no quedó muy conseguida. Pero aquello bastaba.
Llegó la tercera prueba consistente en una simple pregunta. Una mujer trajeada (todos en la oficina vestían de la misma manera) formuló lo siguiente:

"Si la competencia se reúne para aprobar algún plan, ¿a ti te preocuparía?"
Respondí que sí, que obviamente, pero aquella no era la respuesta adecuada.
"Debes de preocuparte más por tu empresa que por la competencia".

Tuve que abandonar la oficina y allí todo el mundo salía por varias puertas. Había unas guías también trajeadas que se ocupaban de que todo el personal saliera de la oficina por la puerta que le correspondía. Había puertas para trabajadores, para gente despedida, para parejas, para gente con hijos... creo que me confundí y abandoné la oficina por la última puerta y, al salir, vi que se estaba celebrando una suerte de terapia con bebés. Me uní a la terapia y me sentí aliviado pues, de alguna forma, así tenía oportunidades de entrar en la empresa.
Recuerdo una jefa que tenía una gran capa roja que desplegaba y plegaba en una extraña coreografía.

Artisteo

Me encontraba en una academia para artistas y todos allí eran catalanes. *Catalanes y artistas*, me dije, *esto tiene poco futuro*. Hacía mucho calor en el aula, pues era verano y el sol entraba a raudales por las cristaleras. En suma, los radiadores también estaban encendidos. Fui apagándolos de uno en uno.

Visitaba a un viejo amigo que hacía tiempo se había casado y descubría que, desde entonces, había prosperado enormemente. Ahora poseía una gran parcela en medio del campo y estaba construyendo una especie de recinto amurallado. Albañiles con trajes regionales trabajaban en la edificación de un imponente castillo de piedra en el que me adentré. Descubrí una capilla con un órgano de teclas de diferentes colores, algunas de las cuales estaban precintadas con un forro de plástico.

Después de eso, vi un piano público en un paseo marítimo y me puse a acompañar a un flautista. Conseguimos atraer buena cantidad de público, la mayoría gente de avanzada edad. El flautista se iba perdiendo por el paseo y yo cada vez le oía con mayor dificultad.
Cuando concluimos la interpretación de la pieza, abandoné el piano y me dispuse a recibir las felicitaciones y las propinas. A pesar de que la ovación del público fue calurosa, destapé una alcantarilla, el lugar donde debíamos recoger las propinas, y no encontré nada. Al cabo, el flautista se reunió conmigo y me enseñó una brillante moneda de dos euros que había recaudado en su paseo. Consideré que era poco, naturalmente, pero también traté de buscarle un sentido positivo y reparé en que no había -al menos en la Unión Europea- moneda de más alto valor.

Muertos vivientes

Me hallaba en un pueblo perdido de la mano de Dios y un granjero me secuestraba. Me arrastraba hacia un cobertizo lleno de cadáveres en descomposición, plagados de hormigas.
Los muertos cobraban vida al anochecer; de día, en cambio, eran bastante tranquilos. No sé cómo ni de qué manera, logré escapar de ahí, y me dirigí hasta un parque con columpios donde unos guardias civiles estaban jugando. Les relaté la truculenta historia, pero no me creyeron. Logré que me acompañasen al cobertizo, pero allí no encontramos nada. El granjero se deshizo de los guardias civiles y a la noche, cuando volví al cobertizo, me los encontré muertos con sus uniformes ensangrentados.
- ¿Veis como era verdad? - les avisé.

La familia del granjero llegó al pueblo a visitarle y me mostraron una especie de pequeña casa en varios pisos, que se asemejaba bastante a una noria de agua. Siguiendo el margen del río, llegué a una piscina termal situada en una comunidad de pisos. El presidente de la comunidad me descubrió bañándome y me increpó, pero llegamos al acuerdo de que, a cambio de sesenta euros, podría bañarme.

El robot

En mi antigua casa, el sol entraba con plenitud por la ventana. Buscaba unos altavoces. Cuando miré hacia el exterior de la vivienda, vi un robot volando, una especie de dron de plástico que también disponía de ruedas a fin de moverse por el suelo.
El robot aterrizaba y mi hermano salía de casa a recogerlo. Sin embargo, una niña se adelantaba. No tuve más remedio que abandonar también la casa para tratar de convencer a la niña que el robot era nuestro. El padre de la niña vino entonces a hablar con nosotros, era albañil. Mi hermano y yo nos pusimos a elaborar cemento.

A lo lejos, descubrí una tormenta con rayos permanentes (esto es, rayos que permanecían fijos en el cielo y no desaparecían) y observamos como una pequeña nube negra se desplazaba a gran velocidad por el cielo. - Parece un OVNI - comenté. El resto de la tormenta se iba acercando a nosotros. Había un claro en la tormenta y, cuando estuvo a nuestra altura, el efecto era tal como si nos ubicáramos en el interior de un estadio de fútbol.
- Qué listos - exclamé - retransmiten el partido con la tormenta para que la gente se vaya a verlo a sus casas -.

El cine

Entraba a trabajar en un cine y una señora -la esposa del dueño, posiblemente- me explicaba el funcionamiento de las cintas de vídeo. En principio, solo había que apretar unos cinco botones de forma consecutiva para que la filmación se proyectara. Ocupábamos dos asientos de la última fila y alguien del público nos invitaba a comer pipas. Yo no estaba muy seguro de que aquello se pudiera hacer, pero si la señora comía pipas pues yo no iba a ser menos.

La película parecía ser de la saga de La guerra de las galaxias, y el público se mostraba bastante descontento con ella. Una vez la señora me explicó el funcionamiento de las cintas, se marchó, y yo quedé al mando. Tocó a su fin la proyección y el público abandonó la sala, salvo escasas personas. No sabía muy bien qué hacer, así que busqué en el horario si había programada alguna proyección después. Efectivamente, a las diez menos diez daba comienzo una especie de documental sobre células.

No había tenido tiempo de fumar un cigarro, de modo que salí a la calle y comencé a fumar, pero cuando me quise dar cuenta era ya hora de iniciar la proyección. Entré a la sala a toda prisa con el cigarro encendido y lo dejé reposar en un cenicero mientras ponía las cintas en marcha. Me di cuenta de que la imagen no se veía bien del todo, así que anduve explorando el programa de vídeo y realizando algunos ajustes.
En esto llegó el dueño, para supervisar mi trabajo, y yo escondía el cigarro y el cenicero, pero el cigarro se cayó a la moqueta y temía que aquello fuera a convertirse en el origen de algún incendio.
Cuando ya lo tenía todo ajustado, la proyección se detuvo, el publicó protestó y me las vi y me las deseé para volver al punto donde la filmación se había interrumpido.

El dueño cogió un aspirador y se puso a recoger las cáscaras de pipas que habían quedado diseminadas. Me explicó que al cine solo iban tres clases de personas que no recuerdo, pero esas clases que citaba no eran bastante buenas. Al salir del cine, me topé con la señora y me quejé un poco de mi horario, dado que no me había dado tiempo a fumar un cigarrillo.
La señora me dijo entonces que ojalá tuviera mi horario, porque el suyo, a su parecer, era bastante peor.

La esfera

Diseñaba una especie de esfera en 3D con agujeros de tal forma que no le entrara agua para lo cual, establecía un complejo sistema de rampas.

En clase de Historia, quizá de Filosofía, leía un grueso tomo en voz alta. Llegaba a una cifra numérica bastante extensa, que estaba garabateada, y no conseguía pronunciarla de corrido. Un compañero saltaba a corregirme, pero lo hacía mal, y yo le increpaba. *Si vas a corregirme, por lo menos hazlo con corrección.* Acto seguido, le mostraba los garabatos para que comprendiese la dificultad de mi lectura. Había, en la última fila de pupitres, un alumno vestido de rosa fosforescente que era hincha del Real Madrid. El alumno en cuestión comenzaba a golpear al profesor. Toda la clase se convertía en un tumulto hasta que otro alumno consiguió reducir al de rosa.
Hubo, a raíz de este suceso, un consejo escolar donde se acordó que el alumno de rosa sería duramente castigado, pero la clase prosiguió en los mismos términos. El profesor, magullado, hizo frente al alumno y le dijo que ya no se mostraba tan valiente a la vista del castigo. Sin embargo, todo presagiaba que el profesor iba a ser nuevamente violentado.

Desde la playa, intentaba acceder a zonas más altas, para lo cual atravesaba una suerte de urbanización cargado de bártulos, siguiendo a dos chicas. Llevaba conmigo un cubo y una pala en la mano derecha y, en la izquierda, posiblemente una silla plegable y una sombrilla.
Trepábamos por un toldo hasta una habitación, y allí apercibimos que no se podía seguir la marcha. Un patio interior nos cortaba la salida. Cautivó mi atención la cama de la habitación, que había llenado de arena y en el toldo, que era nuevo y temía que al encaramarme por él fuera a romperse.
Las chicas se habían citado en aquella casa a la que habíamos accedido con otra gente, de modo que continué en solitario con mi caminata a través de las zonas comunes. Gracias al móvil, una vez más, me pude orientar.

Guerra

Un amigo mío se había metido en políticas y discutía con una chica. Algo horrible le hacía mi amigo a la chica. En la calle, en los periódicos, la gente hablaba del suceso. Yo no sabía si leer los periódicos y hacer caso a la opinión pública, o fiarme de la gente de confianza de mi amigo, que sostenía que no había pasado nada.
Me encontraba, precisamente, con su círculo de amigos en una plaza, en frente de un hotel. El dueño me había invitado a acceder a una zona restringida para jugar al ajedrez. Antes de ascender por unas escaleras, decidí hablar con mi amigo político para intentar aclarar el suceso. Le decía que una cosa eran las palabras que pudiera haber dicho a la chica y otra los actos que hubiera podido cometer en su contra. Ambas cosas estaban mal, pero en el segundo caso, era peor. Mi amigo se enfurecía, supongo que a razón de desconfiar de él.

Subía al hotel a jugar mi partida de ajedrez, donde me esperaba el dueño, encarnado en un viejo conocido actualmente fallecido fuera del sueño. Tenía un teclado electrónico y me ponía a tocar música. Otra gente se unía a una especie de *jam* y, cuando improvisé unos acordes, me preguntaron por su procedencia, entusiasmados. Yo les informé que eran de mi autoría.

En la calle, numerosos coches se habían puesto a colisionar entre sí. Quedaron todos encajados sin espacio de por medio, como si fuera un puzle. Pensé que era cosa de mi amigo político, que había venido la policía a por él, pero se trataba de un golpe revolucionario. Nos ordenaron que cerrásemos las ventanas y mucha gente entró a refugiarse en el hotel. Cuando bajé a la planta baja, vi a los golpistas paseando por la calle, alguno lo hacía rodeado de cámaras de televisión.
Le comuniqué al dueño del hotel que agradecía su hospitalidad, pero que debía encontrar la manera de llegar a mi casa y ver qué había ocurrido con mi familia. Así pues, salimos por la trasera y vimos que había comenzado una guerra. Algunas mujeres con velo corrían delante de nosotros. No veía la manera de esquivar los tiroteos, aunque aquella segunda guerra, la de la parte de atrás del hotel, parecía que no iba con nosotros.

7025

Anoche soñé con esta cifra. Era la combinación para activar la alarma de un colegio. La tecleaba mal en un primer intento y me saltaba el contestador, de modo que tenía que recitarla en viva voz. Después de eso había que superar otra prueba, y nos preguntaban por los grados de temperatura que alcanzaba una placa vitrocerámica encendida. Había dos opciones: 120 o 130.

Recuerdo mirar debajo de la placa para encontrar el manual de instrucciones y la garantía, y ver si allí estaba apuntada la cifra requerida. En aquel colegio, o academia, había ido a estudiar modelado en 3D. Un alumno estaba componiendo música con el ordenador y sentía envidia.

Si superábamos con éxito los estudios, nos correspondía un viaje a la India. O nos correspondía, aunque no superáramos los estudios igualmente. Anunciaba que ya había viajado allí, lo rememoraba perfectamente, pero no era cierto.

Japón

Realizaba un viaje a Japón con un grupo de amigos. Intentábamos coronar una gigantesca duna de arena rojiza. Llegábamos a un edificio alto, con multitud de apartamentos, y empezamos a ascender por rampas y escaleras, buscando un número en concreto. Me adelanté a la comitiva y descubrí la vivienda que buscábamos, habitada por un sabio anciano. Cambié el número del apartamento para que nadie más pudiera encontrarlo y me escondí debajo de una cama.

Con los cambios de usos horarios, en el país del sol naciente era muy difícil mantenerse despierto durante las horas de luz, igual que era difícil dormirse en las horas nocturnas. Japón contaba con playas masificadas atravesadas por una especie de línea de funiculares. Cruzar las vías de estos era peligroso, pues corrías el riesgo de hundirte en la arena. Mi padre me lo advertía constantemente, recomendándome que usara los pasos de madera habilitados.
Quería tomar una panorámica con mi móvil, pero allá donde enfocaba había gente y más gente, no encontraba ni el momento ni la luz adecuada, y me parecía que la instantánea no iba a hacer justicia a aquellos maravillosos parajes.

Buscábamos un sitio donde comer y allá donde mirábamos, encontrábamos restaurantes de comida americana. En una esquina había un pequeño bar local algo descuidado donde servían sushi por un yen, que equivalía a un euro. Mi hermano y yo comimos allí para lo cual, cambiamos un montón de billetes de euro por un montón de monedas de yen. Recuerdo encontrarme bastante preocupado porque no supiera calcular las cifras. La segunda vez que comimos en aquel pequeño y angosto bar, ocupamos una mesa apartada al lado de la ventana y llevamos hasta allí nuestra propia comida, cosa que al dueño del bar no le importó. Hacíamos bulto y atraíamos clientela.

Ví en las noticias que el rey Felipe VI había ido de vacaciones con su familia y le habían recriminado duramente que no pudiera arrancar el motor de la barca hinchable en la que viajaban. Los periodistas proferían que no sabía arrodillarse correctamente y se iba a hacer daño. Al margen que el motor no arrancara, las aguas por las que transitaban se volvían turbias y fangosas.
Felipe VI había invitado a un par de músicos que tocaban la guitarra española. Se sentaban en la cama de una habitación con la familia real y tocaban el villancico cuya letra dice: *dime niño, de quién eres, todo vestidito de blanco*.... supongo que para complacer a las vástigas.
El rey preparaba la comida, para su familia y los dos músicos, una especie de receta china con tallarines y huevo espumoso. Sin embargo, a su esposa, la reina Leticia, no parecía gustarle, porque se mostraba enojada. A mí, personalmente, me agradó la comida, de modo que felicité al cocinero pese a no ser muy monárquico. A nadie, salvo al rey Felipe, le parecieron bien mis felicitaciones. El rey me desveló entonces, en un arranque repentino de conmiseración y sinceridad, que se sentía muy solo.

La diva

Estaba hablando con mi hermano y me preguntaba que qué había estado haciendo últimamente. Le comunicaba que había revisado una propiedad de 30 hectáreas y mi hermano se sorprendía pues, al parecer, debía tratarse de una superficie muy extensa. Le informaba que no era una superficie cuadrangular, una finca, sino una línea recta de ese tamaño, de modo que la labor de revisarla implicaba todavía más complejidad de lo que pudiera imaginarse en principio.
Tener en propiedad una superficie de estas dimensiones implicaba una buena noticia, pero, como se trataba de una línea recta, una suerte de frontera, debía valer muy poco pues no se podía edificar en ella y lo único que daba era trabajo innecesario de cara a las instituciones y problemas con los posibles invasores.
La línea atravesaba campos, montañas y precipicios. No había poblaciones en aquel territorio, de manera que para recorrerla tenía que acampar al aire libre y sobrevivir en medio de la nada.
En uno de los precipicios me encontré bloqueado, ya que la pendiente era demasiado abrupta como para ser escalada. Cuando le explicaba todo esto a mi hermano no sabía a ciencia cierta si realmente había ocurrido o me lo estaba inventando, pues tenía la sensación de que fuera un sueño.

Mi madre se encontraba en el salón de casa viendo la tele. En el salón había encendidas dos chimeneas y yo me encargaba de que una de ellas estuviera abastecida de leña. En la tele actuaba una cantante sudamericana y con sobrepeso, acompañada de un coro. El coro, distribuido en forma de "v" detrás de la solista, estaba formado por nueve mujeres y tres hombres, seis integrantes a cada lado de la líder, colocados en una especie de atriles de concursantes.
La cantante llevaba un vestido negro o rojo, bastante entallado, y unos guantes largos. Los tres hombres intervenían al final de la canción y sus voces, de entre las del coro, eran las únicas que se distinguían, pues las voces de las nueve mujeres quedaban opacadas por la de la solista.
Cada vez que un miembro del coro acompañaba a la cantante principal, aparecía en pantalla un recuadro con su fotografía y su nombre, en un margen.

Por lo demás, descubría que aquella cantante que se había puesto de moda recientemente era amiga de un youtuber famoso, conocido por un amigo mío. Al parecer, el youtuber estaba diversificando su negocio en otros sectores. Acaso este espectáculo era parte de dicha ampliación. De cualquier manera, advertía algo turbio en aquel asunto, pero no lograba terminar de concretarlo y esclarecerlo.
Pensaba esto después de inspeccionar la propiedad aquella y ya empezaba a divisar algunos pueblos en la lejanía.

El Telepizza

Me había convertido en un alto funcionario chino y recibía la visita de otro alto mandatario, también asiático. Nos encontrábamos en una suerte de palacio con aspecto árabe, y mi invitado decidía salir a la calle para hacerse una idea más realista de la vida en mi país, cosa que no me agradaba demasiado. Lo mismo tenía algo que ocultar.
La ciudad china donde nos encontrábamos guardaba mucho parecido con Benidorm, pero, a diferencia de esta, estaba rodeada por altas montañas cubiertas de nieve, una especie de Himalaya en miniatura. Alguien conocido o mi hermano, que no sé qué hacía ahí, me preguntaba qué era una especie de camino que ascendía por una de las montañas. Al enfocar la vista descubría que aquello se trataba de un río bastante caudaloso que, en vez de bajar la montaña, ascendía.
El alto mandatario, sus guardaespaldas y yo, nos internábamos en la urbe, que estaba repleta de construcciones bastante voluminosas, todas grisáceas y de aspecto semejante, sin mediar espacio entre ellas. Saltábamos ventanas, subíamos escaleras, cogíamos ascensores… llegábamos hasta una especie de azotea, donde había una enorme piscina climatizada distribuida en varios niveles, con cascadas.
El alto mandatario decidía darse un baño y yo pensaba que el agua iba a encontrarse demasiado fría, porque nadie se bañaba en aquel tiempo y, para bañarse, había que encender los calentadores de la piscina pulsando un botón. Pulsé el susodicho botón, pero era de verse que la piscina tardaría tiempo en coger temperatura, ofreciendo una mala imagen del país que yo representaba.
Asimismo, mi país no era muy próspero que digamos, de ahí quizás que no viera con buenos ojos aquella excursión, y pensaba que aquella visita, con el gasto de energía que iba a suponer calentar aquella enorme piscina en la que no nos bañaríamos mucho tiempo, no era lo más pertinente.

Trabajaba de repartidor en Benidorm -ahora sí era Benidorm- en un establecimiento de Telepizza. En plantilla éramos tres trabajadores; otro repartidor y una compañera que se encargaba de la tienda. Teníamos dos motos. Yo estaba en la calle, al lado de mi moto, esperando a recibir una llamada a través de un teléfono que quedaba por ahí cerca. Alguien llamó al teléfono y, a pesar de que estuvo un buen rato sonando, no me dio tiempo a cogerlo. Fui a la tienda con mi compañera y pregunté si no había forma de rastrear la llamada, para devolverla y no perder un posible cliente. Consultamos en el *Google Maps* la dirección, pero mi compañera me comunicó que con aquellos datos que teníamos en nuestro poder era imposible localizar el teléfono de las personas que habían llamado, eso o simplemente no nos era viable llamarlas desde la tienda.
En cualquier caso, me recomendó que no me preocupara, que si querían algo volverían a llamar. El otro repartidor salió a entregar un pedido, eso significaba que, el siguiente pedido me correspondía a mí. Al momento, me di cuenta de que no conocía muy bien todas las calles de la ciudad. Tenía mi teléfono móvil con mapas, pero iba a ser complicado seguirlos mientras conducía la moto.
Había visto, en la moto de mi compañero, una especie de soporte en el que colocar el móvil y esperaba que mi moto también lo tuviera, pero era muy probable que no fuera así. Tendría que sostener el móvil en una mano y, llevando puestos guantes para evitar el frío, podría ser peligroso. Pero era verano y no hacía frío, así que sin los guantes lo mismo no era muy difícil manejarme.

Dado que nadie llamaba al teléfono, acudí a los baños del establecimiento con motivo de darme una ducha. Todavía tenía que cumplir con mi jornada, pregunté a mi compañera y dijo que no había problema con lo de la ducha. Mi compañera estaba hablando con otra amiga que había llegado a la tienda. Esta última estaba, al mismo tiempo, jugando a un videojuego. Echaba un vistazo y me daba cuenta de que el videojuego trataba sobre una especie de contenedores de cartón. Dentro de estos contenedores había premios.

Ya en el baño, comencé a desvestirme. Oriné en la bañera mientras vigilaba de reojo que nadie entrara al baño, pues la puerta cerraba mal y había quedado entornada. De súbito, mi compañera entró, y yo la tapé los ojos para que no me descubriera semidesnudo. Empezamos a liarnos. Había observado, en el transcurso de la operación, que mi compañera tenía una cicatriz en un brazo, pero no pregunté nada porque aquel no era el momento y, además, pensaba que todo el mundo que habría visto esa cicatriz habría preguntado por ella.

De repente, detuvimos nuestra labor y mi compañera quiso saber si yo tenía novia. Revelé que no, pero aquello me hizo sospechar y le devolví la pregunta. Me dijo que llevaba cinco años sola. Así pues, todo parecía correcto. Propuse que nos ducháramos juntos y ella se empezó a desvestir. Cuando estaba desnuda descubrí un pene grisáceo en su entrepierna. *¿Qué es esto?* Pregunté completamente asustado.

El hotel

Fui a pasar la noche a una especie de hotel moderno, no demasiado grande, con piscina y unas vistas inmejorables de una sierra llena de árboles frondosos. Por la mañana, de doce a dos, la mujer de la limpieza me avisaba que no podía aparcar donde lo había hecho. Fui al parking y me di cuenta de que había muchas plazas libres, pero todas eran para minusválidos. Aparqué en una de estas plazas confiando en que nadie fuera a darse cuenta de que yo no era un minusválido.

En un paseo por el pueblo de la sierra, cuyas carreteras estaban nevadas, había un grupo de unos cuatro o cinco chicos haciendo acrobacias en sus patinetes, en una cuesta. Al aterrizar después de algún salto, la forma de los monopatines quedaba grabada en la nieve, junto con todas las inscripciones que llevaban los patinetes. Las inscripciones eran declaraciones de amor a las respectivas novias de los patinadores, que les habían dejado y estaban sentadas en unas escaleras cercanas. Sea como fuere, las novias no tenían demasiada intención de reanudar su relación.

Cogía el ascensor del hotel para subir a mi habitación, y allí hablaba con la señora de la limpieza. Recuerdo disculparme por el incidente del aparcamiento alegando que, a aquellas horas, de doce a dos, *no era persona*. El hotel se veía muy limpio y la señora de la limpieza me informaba que, al ser la construcción tan moderna y diáfana, se trabajaba muy bien.
No había demasiada gente en el edificio y recuerdo que el dueño se entretenía departiendo con un reducido grupo de clientes. Nos informaba que el fondo de la piscina estaba lleno de agua caliente, gracias a un novedoso sistema de calefacción.

El taller de empleo

Me encontraba en una suerte de taller de empleo junto con algunos antiguos compañeros de la facultad de Bellas Artes. Recibíamos una oferta de empleo que consistiría en limpiar unos baños que utilizaba un jardinero de un pueblo cercano. Nos ofrecían un sueldo en torno a los doscientos euros. Echaba mis cálculos y veía que, con la gasolina, aquello no iba a salirme muy a cuenta. En suma, el jardinero trabajaba de madrugada, y había que estar limpiando baños bastante temprano. No sabía si el horario era negociable. También habíamos de hablar con la mujer del jardinero, que era quien se encargaba de la oferta, y esta tenía bastantes requerimientos.

Visité los baños y por algún motivo anduve inspeccionándolos. En un principio los baños estaban situados en una especie de cobertizo de un jardín, pero luego se encontraban en un centro comercial. Hasta allí habían ido dos de mis compañeros del taller, a presentar su candidatura.
Una de las chicas que quería trabajar en la limpieza de los baños me comunicaba que estaba un poco agobiada por la cantidad de trámites que estaba obligada a efectuar, antes de entrar a trabajar. De mi parte, definía aquello como *un trabajo de mierda en el que verás mucha mierda.* Otro compañero también estaba postulando, pero lo hacía un poco a desgana y simplemente por desesperación.

En el centro comercial, el jardinero y su mujer estaban atendiendo una especie de puesto de alimentación, con palomitas y helados. El resto de los comercios parecían llenos de tiovivos y máquinas para niños pequeños. Una cafetería tenía sus máquinas en funcionamiento, ocupadas por niños, y la dueña conectaba las luces, de color verde y rojo, como una suerte de paneles informativos. Los dueños del centro comercial habían organizado una comida y allí estábamos mi padre, el compañero de la candidatura sin mucha fe y yo. Para llegar al ágape había tenido que saltar por huecos de varias escaleras, algunas de las cuales se encontraban precintadas.
La comida era bastante buena, pero se acabó pronto y estuve rebañando los platos, hambriento.

El restaurante italiano

Andaba deambulando por un pueblo costero en busca de un sitio donde comer. Se trataba de un híbrido entre Benidorm y Menorca, con calles estrechas y paredes blancas. Llegaba hasta la trasera de un restaurante italiano y allí una camarera me invitaba a pasar. Eran ya las tres, algo tarde, y no sabía si ofrecían menú. De cualquier forma, escudriñé la carta y comprobé que el menú costaba doce euros. En la trasera del restaurante permanecía sentado un señor italiano de avanzada edad, con cara de pocos amigos. Se trataba del dueño. Entre lo tarde que era, el precio elevado, y este último factor, decliné amablemente la oferta de la camarera, que por otra parte parecía simpática, alegando que en aquel restaurante seguro que se comía bien y que disculpara la actitud de su jefe pues, según la máxima, *allí donde peor te tratan es donde mejor comes*.

Visité varios puestos de comida rápida y no recuerdo donde acabé, el caso es que, pasados los días, quise invitar a una amiga a este restaurante italiano, a ver qué tal se comía. El menú de doce euros resultó ser bastante bueno. El postre consistía en una suculenta lasaña y envolvimos el plato en papel plata para llevárnoslo. El servicio, que seguía siendo atento y amable, me informó que se podía repetir siempre que hubiera comida y mi amiga me recomendó, para ello, preguntárselo a la jefa de sala, que se distinguía del resto de camareros por ir vestida de verde.
Abandonamos el restaurante y de camino fui comiendo mi porción de lasaña, teniendo cuidado de que la mitad quedara para mi amiga, que se había rezagado (quizá fuera al baño) mientras cruzaba las calles sinuosas de aquel pueblo.
En el camino, me encontré con un amigo actor, que iba a tomar unas cervezas a un bar al que se accedía bajando unas escaleras. Me metí dentro de una furgoneta blanca y encendí las luces, pero no traté de arrancarla. El dueño de la furgoneta estaba sentado en las mesas de un restaurante próximo y en cuanto me vio, vino a reclamar su posesión. Como no había tratado de arrancar el vehículo ni tampoco había embragado ninguna marcha, no había ningún problema aparente.

A mi vuelta a casa, comenté con mis padres mi experiencia en el italiano y, a su juicio, un menú de doce euros resultaba caro, pese a que pudieras repetir. Volví al restaurante para trabajar en él y había realizado una pequeña compra para los dueños y trabajadores, que resultaron ser familia.
Los camareros estaban comiendo en una pequeña mesa del local, pero cuando llegué se trasladaron a la terraza. Había traído plátanos, algo más de fruta, salmón, y una olla, entre otras cosas que no recuerdo. Había observado que la olla que utilizaban en el restaurante estaba bastante deteriorada, de modo que uno de mis regalos iba al detalle. La olla que yo traía era mucho más moderna que la suya, tenía luces y botones y una pequeña parrilla desplegable, cosa que no había previsto, pues resultaba que no servía para hervir.
Pese a este último imprevisto, mis regalos acabaron gustando a la familia y allí me presentaron a uno de sus hijos, con algo de sobrepeso, al que yo llamé *jefe*. Conversé también con uno de los hermanos del hombre anciano que vi en mi primera visita al restaurante y mientras este hablaba, de su boca salían desprendidos trozos de queso rallado que iban dirigidos hacia mí. En aquel momento sentí un poco de repulsa y comencé a pensar que no era del todo buena idea trabajar allí.

El hermano y algún otro miembro de la familia probaron el salmón que había traído, bastante carnoso, pero con poco sabor. Su veredicto fue positivo, aunque recalcaron que aquellos salmones de piscifactoría no eran como los que comían en Italia hace algunos años.
Aún faltaba por sentarse a la mesa el dueño anciano y me preguntaron que cómo le iba a llamar si ya había llamado a su nieto *jefe*, a lo que respondí que le llamaría *jefe supremo*. La familia parecía acoger favorablemente mi sentido del humor, pero me encontraba algo nervioso por conseguir la aprobación del *jefe supremo* para el puesto. Una vez me aceptaron, el nieto-jefe me explicó el truco definitivo

para captar clientes por la puerta trasera, al uso de como intentaron captarme a mí la primera vez que pisé las inmediaciones. El nieto-jefe tenía un programa vía satélite instalado en el móvil con el que localizaba a los grupos de personas que se internaban en el callejón. Si se aproximaba algún cliente, yo tenía que salir presto del restaurante a su encuentro y, en el caso de que detrás de algún grupo de personas viniera otro grupo más nutrido, olvidarme del primer grupo para centrarme en el segundo. Al margen de cuestionar esta norma, yo me mostraba sorprendido por la existencia del programa pues, aunque existieran mapas vía satélite en los móviles, no sabía hasta el momento que estos pudieran detectar personas a tiempo real. Podría ser incluso ilegal, bien mirado. Respecto a la norma, era su restaurante, así que la acataría, aunque no me pareciera razonable.

Empecé mi jornada en el callejón y, tras algún tiempo allí, me trasladaron a una suerte de terraza en el puerto marítimo, en la frontal. Una de las primeras mesas de aquella terraza estaba ocupada por algunos de mis jefes, que simplemente estaban allí para confundirse con los clientes y vigilar a los camareros. Algunas mesas se empezaron a quedar libres y apareció una familia en la distancia dirigiéndose a la terraza. Pregunté a los jefes de la mesa si era conveniente que me pusiera a limpiar las mesas libres, para que cuando la familia llegase, me vieran ocupado, o si era mejor que los esperara ocioso con las cartas en la mano. No recuerdo el desenlace, el caso es que empecé a acomodar a la familia y acto seguido hizo su entrada en la terraza otro grupo más nutrido, con lo cual, según las instrucciones que me habían dado, debía desentenderme de la familia para atender a los últimos en llegar. Decidí, en este caso, no seguir la norma, pues pensaba que no quedaría muy bien con mis primeros clientes y contaba con que me daría tiempo a atender a todos.
Resultó ser así, y pasé a tomar nota a las dos mesas, que tenían algunos niños. Los niños pidieron sendas botellas de agua que, sin saber cómo ni por qué, ya estaban servidas, luego tres personas me pidieron Fanta naranja y una señora *zumo de melón*. Yo no sabía si en el restaurante tendríamos esta última bebida, no obstante, la anoté mentalmente y fui a consultarlo, un poco agobiado porque no había tomado nota de las bebidas de la primera familia (sus niños también tenían botellas de agua misteriosamente servidas) ni tampoco de los platos.

Llegué al bar del restaurante y allí había mucho ajetreo. Noté que aquella zona, en términos de limpieza, estaba muy descuidada y pregunté si no había nadie que se encargara de las bebidas, pues no sabía dónde estaban y me llevaría tiempo prepararlas.
Una chica morena, a pesar de que estuviera desbordada de trabajo, decidió ayudarme e hizo de barman. Me informó que no teníamos zumo de melón, que yo inicialmente confundí con zumo de limón. Mientras la chica servía los vasos, me encargué de agenciarme una libreta. En un corcho había colgadas varias agendas, pero todas resultaban ser muy pequeñas o estar escritas. Al final, conseguí hacerme con una y servir las bebidas, pero cuando regresé a la terraza mis mesas ya tenían servidos los platos que había ido a anotar. Al parecer otra camarera, en mi ausencia, había cubierto mi trabajo. Empecé a anotar inútilmente los platos y a preguntar si estaba todo correcto, sintiéndome completamente inepto, bajo la mirada atenta y desaprobadora de mis jefes italianos.

Elefantes en el Corte Inglés

Visitaba el Corte Inglés con unos amigos, con la intención de ver la sección de juguetes. Pasábamos por el departamento de electrónica, en la primera planta, donde había un montón de televisores, algunos de ellos realmente voluminosos. Un amigo me anunciaba que él tenía un televisor, pero que veía mal las imágenes en movimiento. Le comenté que había experimentado un problema similar con mi monitor, y que lo solucioné mediante *los ajustes de configuración*. Se suponía que ahora los televisores estaban preparados para todo tipo de incidencias.

El Corte Inglés tenía cinco plantas, a las cuales se accedía mediante unas escaleras mecánicas. Íbamos tocando el trombón conforme las escaleras ascendían. En el piso cuarto, seguimos ascendiendo hasta el quinto, donde descubrimos un pequeño descansillo y una puerta entornada. Fue nuestra intención atravesarla, lo mismo visitábamos la azotea, pero un señor con traje, abrigo largo y bombín nos venía siguiendo, de modo que simulamos habernos confundido y retornamos a la planta cuarta.
En dicha planta, encontramos una inmensa fila de cajas, era una suerte de gran sección de bricolaje, y el señor del bombín nos informó que en el último piso (cuyo acceso seguramente estaba restringido) estaban los elefantes.
Fuera como fuese, finalmente, llegamos a la planta quinta, donde hallamos una suerte de despacho con cristaleras, un coche aparcado y varias obras de arte. Era posible que el despacho se elevase mediante globos aerostáticos y también los toldos del centro comercial funcionasen a modo de velas.

Me tumbé en el jardín de mi casa, el césped estaba húmedo, y descubrí que tenía los labios secos y agrietados. Cuando empecé a despellejármelos, advertí que unos gorriones que merodeaban por ahí iban directos a picotear los restos de mis labios. Quedaba claro que, en invierno, la supervivencia para las aves era difícil.

Estudiaba un guion que me habían ofrecido para una función teatral de Navidad, en el papel de san José. Me indicaron que debía mostrarme malhumorado. Habría, en la función, un primer acto en una sala de un colegio y un segundo acto que recrearía un incendio. En el desenlace de la obra, la virgen María nos salvaría a todos gracias a los elefantes, que, mientras volaban en globos aerostáticos, lanzarían agua de sus trompas.

La misa del rinoceronte

Me entretenía viendo un documental sobre una compositora japonesa en televisión. La compositora tocaba el piano electrónico en una playa, mientras explicaba particularidades y motivos de su trabajo. Pronto yo mismo grababa aquel documental con una videocámara, y tenía que acercarme a los altavoces del piano para conseguir apreciar la música. La playa se llenaba de lápidas, la música se volvía emotiva y me emocionaba.

Disponía por entonces de un todoterreno con el que había llegado a aquella costa y, de repente, me había convertido en el compositor. La policía acudió a preguntarme qué hacía allí y aclaré a la pareja de agentes que no estaba pidiendo limosna, sino simplemente componiendo, a fin de que evitar una posible multa. Les mostré ufano mi espacio de trabajo, libre de recipientes con los que recoger monedas.

Numerosos curiosos empezaron a acercarse. Resultaba que dentro de uno o dos días era el cumpleaños del sobrino de uno de los agentes. Le propuse componer un tema musical como regalo, tomándome la libertad de preguntar cuál era la canción favorita del sobrino.
El agente me procuró un título bastante extraño, resultaba ser algo que se había convertido en viral gracias a internet. Anoté el título de la canción en un papel de fumar y esperé a que un buscador automático se conectara a la red y me mostrase los resultados. Tuve que quitar algunas hebras de tabaco del papel y la búsqueda llevó su tiempo. Entretanto, temí que los agentes se marcharan antes que pudiera localizar aquel material. La canción (que todavía no existe en el mundo real) era autoría de un cantante africano. Se trataba de una melodía alegre y colorida, trataba de algo así como de calamares. Estaba en modo mayor, cosa que resalté, pues así sería más fácil mezclarla con la canción del *Cumpleaños feliz*. Cuando describí el modo, huelga decir, ni los agentes ni los curiosos me entendieron.

Los agentes me mostraron unas instantáneas de una catedral, en la que había grandes esculturas de mármol verde y se me veía corriendo en compañía de algunos compañeros del colegio, en lo que se supone era una visita. A pesar de que corriera por los pasillos del edificio, explicaba a los agentes que no estaba haciendo nada ilegal.

Allí, en la catedral, un rinoceronte oficiaba una misa africana, invitando a la ceremonia a las parejas de animales que representasen todas las especies del continente. Había un problema en situar los peces al lado de los gusanos y las lombrices, pues los primeros tendían a engullirlas.

Tras tomar nota, los guardias desaparecieron y encontré en el suelo una especie de placas con forma de llavero con mi nombre inscrito. Lo mismo servían para aparcar o algo así, debían ser un obsequio de los guardias. Descubrí también que mi cartera pesaba una barbaridad.
Sin que les hubiera dejado las llaves del todoterreno, los guardias lo habían trasladado hasta una zona próxima, seguramente con grúa. Debía ponerme cuanto antes a desarrollar la canción del sobrino.

Era de noche y observaba el cielo, pues nos habían advertido sobre un objeto que sería visible. El objeto estaba muy fragmentado, apenas se distinguía, y salía y entraba de la atmósfera para finalmente perderse en el espacio.

Me encontraba en medio de una conversación en internet, usando un sistema de mensajería, y escribía algunos números y algunas letras, en un mensaje. Consistía en dos líneas de texto:

(Cifra de 6 dígitos que no recuerdo con algún 7) T
10(elevado a 8).000.000 S

Desconozco con precisión cuál era su significado, o qué representaban. El *10(elevado a 8).000.000*, en el sueño, vendría a significar algo así como la *velocidad de transmisión* y lo que estaba representado bajo la sigla T era algo así como el *valor real*, que era bastante poco elevado.
Alguno de mis amigos con los que hablaba pensó que se trataba de códigos de criptomonedas, y entonces alguien compartió sus códigos a fin de tenernos al tanto de sus intercambios. Encontré bastante absurdo aquel asunto de las inversiones, y pensé que lo único que hacíamos era, meramente, reflejar aquellas operaciones sin tener verdadera noción de su valor o resultado.

Entretanto, el ejército había iniciado una investigación sobre el suceso de aquel cuerpo celeste. Esto debía de estar viéndolo en las noticias. Un oficial se internaba en un submarino a través de una escotilla bastante gruesa. El ejército de EE.UU. y el ruso o alemán, a pesar de sus diferencias y de guardar celosamente su información clasificada, habían accedido a compartir un archivo de 16 Kb para preservarse de amenazas exteriores. Esto es, de ataques que no provinieran de habitantes de nuestro planeta.

El submarino se sumergía atravesando filas ordenadas de peces naranjas hasta llegar a una especie de ruinas bajo el mar, donde los peces naranjas se convertían en grandes puertas correderas naranjas que se abrían y cerraban como si fuera aquello un videojuego de plataformas.

El periódico viejo

En el colegio, impartía clase una profesora, a mí y a algunas señoras mayores. Una de las señoras mayores me enseñaba un cuadro que había pintado su hijo pequeño. El cuadro describía la vista de una urbanización en el ocaso y un pájaro la sobrevolaba, pero el pájaro (negro) no estaba bien dibujado, y se iba a convertir en una langosta (roja). Observé el cuadro detenidamente y formulé una crítica:
Me gustaba la idea de la langosta, posiblemente la figura quedase bien perfilada en una segunda sesión. El manejo de los colores, para un niño, era impecable, y confesé a la madre que ya me gustaría a mí, siendo estudiante de Bellas Artes, trabajar la paleta con aquella soltura.
Un momento, ¿estudiante? Si yo era licenciado, ¿hacía cuánto me había licenciado, uno, dos años? No lograba adivinar la palabra "licenciado". Sentí una tremenda responsabilidad pensando eso, e intenté averiguar con qué material había sido pintada la obra. ¿Cera, óleo, acrílico? Resultaba ser esto último. Lo adiviné gracias a un pegote de pintura fresca amarilla, en el que de inmediato sumergí el dedo para mostrar a la madre, quien había intentado auxiliarme en mis pesquisas alegando que aquello era un lienzo, cosa del todo innecesaria, pues saltaba a la vista.

Empecé a desbaratar la clase, que era de música. Nos habían encargado unos ejercicios en los que teníamos que adivinar el nombre de algunas notas musicales y terminar de dibujar algunas claves esbozadas, entre otros asuntos. El papel de los ejercicios era reciclado.
Le dije a la profesora que aquellos ejercicios eran muy fáciles, pero lo cierto es que no conseguí resolverlos bien cuando la profesora, personalmente, me pidió que lo hiciera. A propósito, parecían mal planteados. La profesora y yo empezamos a leer un periódico viejo y encontramos, entre sus páginas oscuras, semanarios de un color rosa bastante llamativo. En el periódico de la profesora había lo menos cinco de estos y me encomendó que los repartiera entre mis compañeros. Pregunté quién no tenía semanario, y algunos compañeros alzaron la mano, de modo que fui lanzándoselos.
El último compañero al que se lo lancé armó mucho alboroto al recogerlo, pues quedaba bastante lejos de mí y la entrega no había sido del todo perfecta. La profesora me lo recriminó y pretexté que, al quedar tan lejos mi compañero de mi mesa, no le distinguía con mucha nitidez, cosa cierta en virtud de mi miopía.
En cualquier caso, quedaba patente que no debían lanzarse aquellos semanarios rosas, y la profesora me advertía. Adivinaba que la profesora estaba, en parte, aprovechando mi mal comportamiento para evadirse de impartir la lección.

Un compañero me ayudaba a recoger rápido las cosas, pues era hora del recreo. Entre estas cosas, había una caja de donuts que no sabía si estaban en buen estado. Le dije al compañero que en el fondo nunca había sido un buen pintor, pero sí un buen dibujante. Mi compañero me miraba entonces un poco desconfiado, acaso pensaba que era mejor dibujante que yo, o acaso pensaba que mis dibujos no eran demasiado buenos.
Intenté recordar su obra y la mía, sin conseguirlo. Fuera como fuese, le comuniqué que yo ya no era un buen dibujante, que me dedicaba más bien a la música, terreno donde no era un gran virtuoso, pero en el que disfrutaba bastante. Mi compañero empezó entonces a justificarse, refiriéndome que él también había abandonado el dibujo, problemas con su familia, qué sé yo… el caso es que teníamos que marcharnos lo antes posible, para que la siguiente clase pudiera dar comienzo.

En un periódico vi una suerte de reseña de un concierto que habían ofrecido mis compañeros de la facultad sin mí. Me sorprendió bastante, pues creía el grupo extinto, y no pude evitar sentir algo de envidia o rencor. Mis compañeros siempre me consideraron muy independiente, llegué a aprobar aquella reunión, pues en un pasado me fue sugerida pero jamás, a decir verdad, pensé que se llevaría

a cabo. Recordé un ensayo con una orquesta en el que utilicé un acorde arpegiado distinto al que debía ser. A todos les pareció adecuado, pero yo les confesé que estaba "enriquecido". Esto demostraba que mis colegas no tenían mucha idea de música, o que la percepción es, cuanto menos, engañosa.

Dormía boca abajo y era temprano. Tenía abrazado un peluche de Donald que además llevaba un reloj en su tripa. Era un peluche de mi infancia y me sentía bien abrazándolo. Mi padre se despertó y me arropó, a pesar de que hiciera calor en la casa. Había llegado mi tío y mi padre quería que me levantara a saludarle, pero yo tenía demasiado sueño. Oí a mi madre protestar, precisamente, con motivo de la llegada de mi tío.

La gran superproducción

Hará cosa de unos días me levanté incómodo y bastante temprano a causa de esta ensoñación:

Alguien me había contratado para grabar una película, o un cortometraje. Inicialmente, servía como anuncio o estaba patrocinado por un supermercado, así que me dirigí al mismo supermercado y pregunté a un cajero si por casualidad no venderían trípodes, pues no disponía de ninguno. El cajero se tomó la molestia de acompañarme hasta la sección y, cuando elegí el trípode, argüí que no pagaría por él y lo devolvería al finalizar mi trabajo, cosa que no hizo ninguna gracia a los empleados. Empezaba mal la cosa.

Subí a una colina con un montón de operarios, todos con sus cámaras, y empezamos a grabar a los actores del film, a una larga distancia. Parecíamos una nube de paparazis. Primero aparecieron *los buenos*, que iban corriendo, y yo trataba de hacer zoom y seguir sus movimientos, pero el trípode no estaba bien colocado (a penas me había dado tiempo a extenderlo y disponía de unos largos arneses que tuve que extender en el suelo), el objetivo no era el adecuado, y, además, tenía problemas de estabilidad, enfoque e iluminación. Tras aquella escena con los buenos, llegaron *los malos*, vestidos con ropas del Lejano Oeste. Realizaron una coreografía con antorchas y costosos efectos especiales que a duras penas conseguí capturar. Detrás de los malos, entró en escena un ejército de zombis que atravesaban una especie de laberinto, al que los malos iban disparando.
En esta segunda escena, unas operarias de cámara que se encontraban detrás de mí me comunicaron que la luz de la pantalla de mi cámara les molestaba, así que la apagué siguiendo sus indicaciones de presionar un botón rojo. Mi cámara no era demasiado buena y, en adición, no estaba del todo familiarizado con ella, cosa que advirtieron las operarias. Revisando las tomas que había conseguido, parecían bastante malas, pero pensaba que la inestabilidad y los desenfoques podrían atribuirse a algún tipo de *intención artística*. Sin embargo, miré un poco por encima las grabaciones de los demás operarios y todas eran espectaculares, nítidas y bien iluminadas, muy superiores a las mías.
Con todo, era bastante poco probable que mi trabajo no fuera a servir de nada.

Desde producción me increpaban porque, a su parecer, me habían contratado para ofrecer una calidad y unos resultados que, de momento, estaba lejos de ofrecer. Más valía que me espabilase. Alegué en mi defensa que era muy difícil grabar a los actores sin que supiera de antemano qué movimientos iban a realizar, pues no había, en aquella representación, ningún tipo de ensayo.
En aquella producción el tiempo era oro y la gente que trabajaba, muy profesional. No era el momento de dar ni pedir explicaciones.
La siguiente escena no se pudo realizar pues hubo un problema con licencias y permisos, y todo el equipo se trasladó del campo hasta la siguiente localización. Pude distinguir al director, que vestía un abrigo de cazador, e iba conversando con dos asistentes, uno a cada lado. Tomé algunas grabaciones del equipo pues, ya que las escenas habían salido mal, tenía esperanza de que mi material fuera aprovechable en algún tipo de *making off*.

Me preparé para la siguiente toma, en un polideportivo. Me las había arreglado para llegar antes que la nube de paparazis, lo cual podría asegurarme un buen plano. Los actores estaban preparando la escena jugando al ping-pong y me recibieron bastante molestos.

El viaje al centro de la tierra

Estaba con mi hermano en un supermercado, en la sección de desayunos, y compramos un montón de dulces. Envolvíamos ensaimadas en servilletas y encontrábamos algunas bandejas de cartón, embalaje que los cajeros tendrían que retirar a fin de tasar los artículos.
Fui a buscar un carro de la compra, para lo cual, di una vuelta por todo el centro comercial. Encontré carros azules, pero estos eran de otra superficie. Quise volver al coche y, para ello, descubrí un ascensor. El ascensor se activaba con una llave que, casualmente, llevaba conmigo. No era la llave original, sino una copia de plástico negro que estaba algo deteriorada, pero servía al efecto. Un mendigo me siguió hasta el ascensor, entabló conversación conmigo y tuvo intención de entrar, pero finalmente no lo hizo.

El interior del ascensor era plateado y dentro se encontraba una chica asiática con un vestido blanco. Yo quería subir, y ella bajar y, dado que ella había entrado antes al ascensor, tendríamos que bajar primero. El ascensor ya lo había tomado en otra ocasión, y, según recordaba, este era capaz de descender hasta el centro mismo de la tierra. Le expliqué esta particularidad a la chica asiática y ella, que estaba al corriente, me señaló en el panel un segmento que se correspondía a un océano que el ascensor atravesaba.
Recordaba que, conforme más te adentrabas en el centro de la tierra, más calor hacía y que, en las primeras plantas, poco había aparte de materiales fundidos, con lo cual visitar aquello no era muy pertinente. Lejos de quejarme del calor o mostrar mi inconformidad con aquella planta, me preocupé en definirlo como un entorno, *poco humano*.

El ascensor, sobre unas vías, empezó a descender por un paisaje de montaña, lleno de árboles, bastante verde. La chica asiática bajó en su parada y yo me di cuenta de que el ascensor seguía descendiendo. El viaje hasta el centro de la tierra sería muy largo, a parte, no era allí donde quería ir. De modo que detuve el ascensor, a ver si modificaba su rumbo. Observé que algunos trenes y otros vehículos seguían al ascensor por la misma vía y, si el ascensor quedaba parado, provocaría un atasco. Esperaba que con aquella parada técnica el ascensor se hubiera reprogramado y cogiera otra vía unos metros más adelante, en un cruce de vías, pero no parecía que fuera a hacerlo.

La barandilla

Del sueño de anoche conservo algunos retazos, confundidos con otros sueños anteriores que me vienen a la cabeza y no sé si acaso anoche se repitieron o se referenciaron. De cualquier manera, los he ignorado para centrarme en los nuevos elementos.
Escenas de un aeropuerto me evocan a otras (tuve un sueño en el que deambulaba por allí con mi familia, esperando largas colas, conversando con gente variopinta y atravesando pasillos amarillos, escaleras y otros ingenios mecánicos), y también las confundo con escenas de un parking, una estación de tren y una ciudad (básicamente iba conduciendo y aparcando por una especie de laberinto urbano nocturno, no exento de algunos suburbios bastante lóbregos).
Por último, antes de describir la trama de anoche, ahondando en estas dos ambientaciones, he rememorado otro sueño más en el que mi hermano y yo inaugurábamos una especie de bar; pequeño, oscuro y angosto; con luces de neón y quizá alguna decoración de Halloween. El negocio no iba bien, a pesar de que una rara noche se llenó de adolescentes.
Referente a los suburbios, tengo que relacionar otro sueño (estos dos últimos, recordamos, sí que no tienen absolutamente nada que ver con el de hoy), en el que deambulaba por una especie de poblado de chabolas, con drogadictos y camellos gitanos acechando. En el sueño conseguía encaramarme a una chabola que parecía un chalet, pues tenía varios pisos y algunos lujos, como un jacuzzi iluminado.

Un amigo y su novia iban a realizar un viaje. Me encontraba en Benidorm y fuimos los tres a cenar a un centro comercial. Les presté una maleta y en la maleta se metió su novia, a la que llevé hasta el lugar donde cenaríamos. Pensé que aquella pequeña maleta negra pesaría demasiado, pero en verdad era bastante ligera y apenas costaba esfuerzo transportarla, con la chica dentro, claro.
No sabía cuál era el propósito de meterse en la maleta. Era como si estuviéramos probándola para hacer ese uso en el viaje y así ahorrar el pasaje de la chica. Sea como fuere, temía seriamente por su integridad.

Me habían nombrado Presidente del Gobierno o algún otro cargo importante. Andaba en una comitiva, en una especie de visita protocolaria a un aeropuerto. Ascendíamos por una suerte de puente con escaleras y me daba cuenta de que la barandilla estaba rota.
Llamaba mi atención la altura del puente, que ascendía y descendía por tramos, pero siempre se mantenía algo elevado, quizá cumpliendo alguna normativa. Consideraba que yo mismo lo había diseñado bien con piezas de lego, pues aquella altura, por algún motivo, parecía acertada y los cimientos, firmemente asentados.
La barandilla rota, al mismo tiempo, se convertía en el reposabrazos del asiento de un avión. Convenía arreglarlo por motivos de seguridad. Me puse manos a la obra, para lo cual, lo desmonté y volví a montar un par de veces. El piloto del avión me notificó que aquello era una gran hazaña, toda una proeza, vamos, pues nadie hasta entonces había conseguido arreglar aquella barandilla, menos cuando el avión estaba en movimiento. Debía ser también el único Presidente del Gobierno o alto mandatario que se ponía a arreglar un reposabrazos, cuyo sistema era muy similar al de los portafolios plastificados.
Intenté usar las piezas viejas, rotas y aparentemente inservibles, pero aquello no funcionaba, y probé con nuevas piezas pensando en haber hecho esto último lo primero. Uno de los problemas de usar nuevo material era que, al venir en parejas y solo había un reposabrazos estropeado, la otra pareja de recambios se quedaría sola. Maldecí mi mentalidad de pobre de andar siempre apurando el viejo material mientras me despertaba.

La carrera

En clase de educación física, los alumnos del colegio se ordenaban en dos filas, una bastante más nutrida que otra, listos para emprender una carrera. Vestían camisas blancas y pantalones grises. Yo había llegado tarde a clase, y me coloqué al final de la fila más pequeña de las dos, que contaba con apenas tres alumnos. El profesor se mostraba visiblemente enojado a causa de mi demora.
Iniciamos la carrera y los alumnos de la fila más nutrida, al quedar más cerca del centro de la pista de atletismo, tenían bastante ventaja. En suma, nuestra fila se vio obligada a bordear los exteriores del patio, pues había partes de la pista que quedaban valladas.
Ascendíamos por una especie de pinar bastante escarpado y me encontraba cansado. No conseguí ninguna buena marca en aquella carrera, de hecho, llegué el último, cosa que debió enojar aún más al profesor.

El profesor debía de expulsarme del colegio, o simplemente quería que pusiéramos orden en nuestras taquillas. Anduve por los pasillos en busca de la mía, que no recordaba bien cual era, pues todas estaban pintadas por los alumnos de forma diferente y desordenada y, a su vez, eran muy similares.
Abrí mi taquilla, que estaba repleta de enseres, y en una bolsa de plástico rota descubrí mis acrílicos, algunos de los cuales goteaban. También descubrí trozos de pan que en un principio me parecieron apetecibles, pero resultaron estar duros. Debían de llevar bastante tiempo ahí.

Una profesora, quizá la jefa de estudios, me llamaba a su despacho y de camino por el patio íbamos conversando en inglés sobre Paul McCartney. Confesaba que no le conocía en persona, no obstante, algo le refería sobre sus affaires y, ya en el despacho, aseguraba que, al morir, dejaría a sus herederos una increíble suma de dinero.
Aquel prólogo parecía amable, pero estaba claro que, una vez finalizado, íbamos a tratar asuntos menos agradables acerca de mi mala conducta.

El nacimiento de mi sobrino

Mi hermano había tenido un hijo, y yo andaba buscando su habitación en la planta de maternidad. El hospital era una suerte de aeropuerto, con salas amplias y letreros luminosos donde se anunciaban los nacimientos como si fueran vuelos nacionales e internacionales.
Era, el edificio, bastante frío y metálico. Me costó esfuerzo dar con la habitación que, para distinguirla del resto de habitaciones, se llamaba noviembre, en honor a la fecha del nacimiento del niño (aunque en el sueño fuera noviembre, ahora, huelga decir, nos encontramos en febrero).

En el interior de la habitación había un montón de equipos y aparatos electrónicos, estanterías, pantallas, botes de cristal y cables por doquier. Allí, en un espacio reducido y, como digo, atiborrado de enseres, se encontraban algunos familiares y enfermeras, congregados en torno a una especie de sillón de dentista, donde se podía ver una pequeña boca de forma circular bordeada de dientes. Aquello en principio tan extraño era el bebé, andaban realizándole pruebas médicas y yo me sentí un poco inútil.

Felicité a la madre y a mi hermano y, al rato, mi hermano cogió en brazos un bebé amoratado bastante pequeño, envuelto en una bolsa de plástico transparente. A mi hermano no se le veía muy experimentado a la hora de coger bebés, todo sea dicho. Pregunté por el sexo del bebé, pues anteriormente, con el asunto de los dientes, no había podido distinguirlo.
Vi que era niña y las enfermeras me miraron como si hubiera pronunciado una tremenda barbaridad. Tuve que aclarar que, en principio, fisiológicamente parecía una niña, pero claro, eso no significaba que fuera tal cosa.

El juicio de Osiris

Anoche soñé con esta escena. Dado que no encontré momento para sentarme a detallar el sueño, he olvidado gran parte de él, pero no la referencia.
El papiro se corresponde al capítulo 125 del Libro de los Muertos en donde, mediante una balanza, se sopesa la salvación o condena de los difuntos.

En un lado de la balanza se colocaba el corazón del difunto dentro de un jarro (*Ib*: la conciencia y moralidad), extraído mágicamente por Anubis y; en el otro lado de la balanza, se colocaba la *pluma de Maat* (la verdad y justicia universal).

Ignoro cómo esta escena llegó hasta mi conocimiento y, conscientemente, la tenía por completo olvidada. En el sueño, una chica me comunicaba su deseo de escribir algún tipo de relato o novela, y es cuando yo le refería la escena de El juicio de Osiris, confundiendo a las deidades allí presentes con el ladrón de tumbas Amenpnufer, que no tiene mucho que ver.
La chica quedó impresionada con mi relato, lo cual le llevó a dudar sobre la pertinencia de su libro. Le animé a emprenderlo pues, tal y como aseguré, la historia de El juicio de Osiris era poco más que un refrito.

Repasando el pergamino, me ha hecho bastante gracia la figura de Ammyt, una especie de engendro o Frankenstein de diversos animales. Esta alimaña que parece reptar en los jeroglíficos está esperando su ocasión para devorar al muerto si la sentencia es desfavorable, provocando una segunda muerte definitiva (como la que debió padecer el pobre Amenpnufer).
Imagino que en su época el dibujo debería despertar bastante temor y respeto entre los contemporáneos. Si hay algo peor que la muerte, es morirte cuando estás muerto.

La heladería

Anoche, en sueños, visitaba una tienda de helados con mi madre, mi hermano y una prima que no existe. No recuerdo de qué manera, habíamos llegado hasta un pequeño pueblo, con calles estrechas, muy parecido a Cercedilla. Una cola de gente daba la vuelta a una esquina, esperaban entrar en la tienda. Nosotros hicimos cola también, hasta que llegó nuestro turno.

En la tienda, oscura, pequeña y distribuida en varios niveles, la mayoría de los helados estaban agotados y a través de una cristalera podían verse a los artesanos heladeros, elaborando pastas de helado de diferentes y llamativos colores. Los sabores que tenían eran bastante exóticos y dudaba que fueran a gustarme, pero había que decidirse por alguno.
En el mostrador se agolpaban cajas de cartón vacías. Nuestro dependiente, que parecía un carnicero, nos preparaba tarrinas y cucuruchos mientras nos preguntaba cosas bastante aleatorias, extendiendo innecesariamente una larga conversación.
Me desesperaba un poco pues, con aquella afluencia de gente aguardando su turno, estábamos obstaculizando el flujo de clientes. Recuerdo que, en medio de la conversación interminable con el carnicero, llamaba la atención de un asistente, para que nos sirviera de una vez los helados y fuera todo más deprisa, pero el asistente no tenía mucha experiencia de cómo funcionaba el negocio.
A la salida de la tienda, después de que acontecieran varios sucesos, algunos de los cuales detallaré, adiviné que la técnica de aquella tienda era entretener a los clientes, con el fin de mantener la cola y así crear un mayor efecto reclamo.
El helado, por lo demás, no me gustó nada, tenía un sabor bastante artificial.

En el transcurso de la compra de los helados, me besaba con mi prima inexistente. Era una chica rubia, joven y bastante atractiva. Aquello, por descontado, debía quedar en el más absoluto secreto. Posteriormente, a la vuelta del pueblo, la acompañaba hasta la parada de metro de su casa en Carabanchel y nos despedíamos. Me sentía contento e ilusionado por aquel romance incipiente mas, al cabo de dos días, consulté mi teléfono y vi que no habíamos intercambiado ningún mensaje.

En algún momento de toda esta historia, estaba con unos amigos sentado en el asiento de copiloto de un auto. Conmigo había una batería y mis amigos y yo tocábamos alguna canción. Dentro del coche hacía bastante calor, pero cuando abrí la puerta descubrí que, en la calle, la temperatura era bastante baja. Les dije a mis amigos que no pensasen que la temperatura del coche era la temperatura real, y les recomendé abrir las ventanillas para no asarnos allí dentro.

Castilla y León

Castilla y León, una gran región.

Es lo único que logro rememorar del sueño de anoche.

El inventor

Iba de excursión con el colegio a una casa vieja, posiblemente ubicada en la sierra de Madrid. A la vuelta, dormía en el autobús, con los pies descalzos colgando del asiento mientras mis compañeros hablaban. Un profesor conducía el autobús y, tras atravesar la ciudad, el autobús llegó a mi antiguo barrio.
Era yo, entre los viajeros, el primero en bajar, también fui el último en subir. Desperté del sueño y avisé que aquella era mi parada. Me sorprendía que el profesor hubiera localizado mi casa, pues era la primera vez que realizaba aquel trayecto. Asimismo, me sentía un poco mal por aquel privilegio de bajarme del autobús tan pronto, mientras que a mis compañeros les quedaba todavía un largo camino por recorrer. Quise abandonar el autobús por la puerta del copiloto, pero esta se encontraba cerrada y tenía que hacerlo por la del conductor. Aun así, conseguí desbloquear la puerta del copiloto, pero, tras esa puerta, se encontraba otra que me impedía el paso definitivamente.

De la bodega del autobús cogí varios bultos de equipaje que me pertenecían. Una gran mochila y un gran abrigo, algo más también que no recuerdo. Era realmente dificultoso caminar portando tantas cosas. Aunque el autobús me hubiera acercado el primero, me encontraba relativamente lejos de mi casa, y había de subir una cuesta. En medio de la cuesta me alcanzó el padre de un vecino con propósito de saludarme, también para ayudarme con el equipaje. Desde un colegio o un polideportivo cercano, empezaron a lanzar a la calle pelotas de tenis, y yo devolví algunas salvando una gran verja.

Andaba conversando con el padre de mi vecino, explicándole que, cerca de donde vivía, también lo hacía un arquitecto, o un inventor. El padre de mi vecino se sorprendió y me preguntó si había hablado con Cristóbal Montoro (el antiguo Ministro de Hacienda, sí), pues él le conocía y casualmente residía en la misma urbanización.
Me ruboricé un poco, pues aquel tema adquiría de súbito demasiada trascendencia y, al margen, no sabía si estaba desvelando información que no interesaba que estuviera en poder del padre de mi vecino. En cualquier caso, le transmití que el hombre al que me refería era, efectivamente, inventor, y alegué que teníamos un concepto equivocado y hasta prejuicioso de los inventores, pues, como era de verse, estos podían vivir con holgura, como cualquier familia de clase media-alta, prácticamente. Recuerdo citar algunos ejemplos de inventores históricos, como Einstein o Tesla, para constatar quizá que la profesión de inventor estaba a la par que cualquier otra.

El somnífero

Hoy me he levantado temprano, a causa de la siguiente pesadilla:

Me encontraba -nuevamente- en clase del colegio, y creo recordar que hacía bastante calor. Calor que se volvió a intensificar de manera especial al final del sueño, hasta el punto de despertarme empapado de sudor.
Quizá a causa del calor, me quitaba los pantalones y la clase seguía su curso normal. Cuando quise volver a ponérmelos, no los encontraba, y estuve probándome varios de mis compañeros. Era muy extraño que hubiera tantos pantalones allí, pues no recordaba que mis compañeros se los hubieran quitado.

En la clase, un colega exponía algunos cuadros y fotografías, y yo encontraba en ellos algunas imágenes de las casas de mis vecinos en fase de construcción, o de abandono. Decía a mi colega que, si hubiera alargado un poco más el encuadre, podría ver mi casa, y me sorprendía esta última coincidencia.
Para cerciorar que realmente mi casa estaba allí, salí al jardín, que estaba asalvajado y lleno de maleza seca. Descubrí una especie de arqueta; profunda, oscura y llena de telarañas, pero allí no se encontraban, como es obvio, las fotografías o las evidencias que había ido a buscar. Una nube de moscas y mosquitos comenzó a perseguirme, y aquello era realmente problemático, pues no llevaba pantalones y podían picarme en las piernas. Los insectos entraron tras de mi en clase, y la profesora y los alumnos sugerían emplear insecticida para acabar con ellos, pero los aniquilé con una suerte de periódico, a modo de matamoscas. A la gente le sorprendió bastante que matara a los insectos de forma tan sencilla y poco contaminante.

La clase iba a concluir, y seguía probándome pantalones, unos detrás de otros. Algunos tenían bolsillos, otros una talla más o menos, otros eran cortos, otros presentaban colores que no eran el gris del uniforme escolar, como unos que me probé que, aunque no lo advertí en su momento, eran de un rojo bastante llamativo. Procuraba esconderme de las chicas de clase mientras me cambiaba, más por una cuestión de protocolo que otra cosa, pues no sentía demasiada vergüenza. Al final, la profesora encontró unos pantalones que parecían los míos. Comprobé su cierre y desconfié, me los probé y, aunque no parecieran los míos, con el tiempo fui acostumbrándome y reconociéndolos, tomándolos como propios en cuanto los ajusté y saqué la camisa por fuera de ellos. Me cambiaba detrás de una chica y me cuestionaba lo absurdo de aquella norma de protocolo pues, aunque la chica estuviera de espaldas, me encontraba muy cerca suyo.

En el transcurso de este cambio, la profesora me había pedido un discurso sobre literatura para el resto de la clase, y yo elaboraba una alocución que estaba ganando bastante atención. Venía a decir algo así como que el asunto de la escritura es cuestión de práctica y vocación, que hay que procurar, para emprender una obra nueva, emprenderla a toda costa con pasión y voluntad, aun a riesgo de que no sea buena o no tenga sentido. En medio del discurso recuerdo anotar un breve comentario jocoso: *Joder, parezco Camilo José Cela vendiendo un curso de literatura*. Cuando la profesora estaba completamente obnubilada y convencida de mi arenga, cambié radicalmente de opinión, y pregunté si acaso era lógico lanzarse a escribir cosas sin ningún sentido; *¿Con qué nos quedamos si un texto no tiene significado, con sus palabras?*

La clase llegaba a su fin y aclaré con la profesora el asunto de los pantalones. Parecía ser que había tantos por allí desperdigados porque, antes de nuestra clase, otros alumnos la ocupaban, y estos debían cambiarse de ropa para hacer gimnasia. Muchos de esos alumnos olvidaban sus prendas, las dejaban allí abandonadas deliberadamente o, según me apuntó la profesora, no había espacio para ellas en la

lavadora. Me pareció bastante plausible aquello último, pese a no entender completamente el asunto de las lavadoras.

Pronto el aula se llenó de gente y se inició una especie de juego de tirar de una cuerda entre dos bandos. Andábamos de un lado para otro, apelotonándonos y riendo, hasta que decidí alejarme de allí y conmigo se vino un amigo músico. Quienes observaban con cierta distancia el juego y no participaban, en su mayoría chicas, les pareció que mi amigo y yo éramos realmente inteligentes a causa de aquella escurridiza maniobra de evasión.
Llegué exhausto hasta un pupitre y allí intimé con una chica rubia, algo mayor y, para mi gusto, no especialmente atractiva. La chica se mostraba algo triste y yo, en tono de broma, apunté que me recordaba a Isabel Gemio. La chica, lejos de celebrar mi ocurrencia, me confesó que realmente era hermanastra de Isabel Gemio. Tenía sentido su parecido entonces, aunque más tarde meditara sobre el asunto y descubriera que, siendo hermanastra, no tenía por qué parecerse demasiado a la famosa presentadora. Nos besamos y me pregunté qué podría yo ofrecer a aquella relación incipiente, pues albergaba algunas dudas. La chica me contó que era guardia de seguridad, lo cual me dejó un poco perplejo.

Abandoné el aula y ya era de noche. Desemboqué en una especie de calle estrecha, como de pueblo costero. Había bastante gente paseando y, subiendo la calle, distinguí un grupo de ultraderecha, que avanzaba a paso rápido en actitud agresiva y desafiante, gritando consignas. Fui en sentido contrario, casi corriendo para evitarlos, y algunos de los manifestantes salteados que me iba encontrando me insultaban.
Uno de estos manifestantes se puso a mi lado, y empezó a hablarme y a hacerme preguntas insidiosas. Buscaba refugiarme en algún local, pero este personaje me insinuaba que era imposible que lograra escapar tan fácilmente. Hablaba con él, y me mantenía frío y educado, no fuera a buscarme problemas. Llegamos al puerto marítimo, y allí el personaje empezó a alegar que la socialdemocracia no tenía sentido, tratando de averiguar mi ideología política. Yo le apunté que adivinar aquello era bastante difícil, y que, personalmente, no creía en política ninguna. Que la política solo era una forma ineficiente de administrar recursos, y que lo mismo daba *Franco, que Hitler que Felipe González o Emilio Butragueño*. Tras mis palabras, el personaje quedó pensativo y permitió que me fuera.

Cuando ascendí otra vez las calles que confluían en el puerto marítimo, otro simpatizante de ultraderecha me asaltó. Se presentó como el primo del personaje anterior. *¿Sabes qué sería genial? Verte aquí, en medio de la plaza, hablando por WhatsApp con nosotros*.
Este segundo asaltante parecía bastante amistoso y más inteligente que su supuesto primo, pero le comuniqué que no le iba a dar mi número de teléfono para que me metiera en algún grupo, no me fueran a hacer bullying y le dije que, si quería encontrarme en la plaza, no tendría problemas, pues pasaba mucho por allí (esto último era mentira, pues había ido a aquella ciudad de vacaciones y era de verse que pasarían largas temporadas sin pisar la plaza).

Seguimos andando y el asaltante acercaba una especie de filtros de cigarro, o de algodón de azúcar, a mi nariz. Yo me empezaba a marear y conseguía, en un extraño forcejeo, que el asaltante masticase algunos filtros. Debía tratarse de algún tipo de somnífero y estaba haciendo efecto. Tanto cuando buscaba un local para esconderme como ahora, cuando pensaba en pedir auxilio a la gente que caminaba por la calle, no tenía demasiada esperanza en que a alguien le fuera a importar lo más mínimo.

El pelele

Íbamos un grupo de gente a casa de un amigo. La casa se encontraba en medio de un paisaje islandés, con roca volcánica, una especie de fiordos, y un hotel abandonado por el que la gente descendía de la casa de mi amigo a otros lugares, quizá a la playa. Tenía, el hotel, una puerta entornada y pintada de azul que daba acceso a unas escaleras. Por debajo de la puerta se podía pasar y la función de la puerta, más que evitar el paso, era la de ahuyentar a transeúntes que no lo conocieran y fueran a causar actos de vandalismo.
Cuando llegué a aquel paraje islandés, me detuve con propósito de tomar unas fotos, y jugaba con los reflejos de las casas en los charcos, las ramas de los árboles y los pájaros. También con las siluetas de los visitantes que me acompañaban. Estos se movían continuamente y, dado que mi móvil era muy lento, perdía continuamente el mejor momento de la fotografía.

En algún instante de aquella visita me entretuve en realizar acrobacias por una suerte de gradas blancas de un anfiteatro lleno de maleza, describiendo saltos y volteretas. Nuestro anfitrión no sabía muy bien qué cocinar, no tenía ideas o ingredientes suficientes. Finalmente se decidió por unas patatas fritas y un postre que parecían gofres. Echó un puñado de patatas en una olla llena de aceite hirviendo y su madre tenía preparado otro puñado de patatas en una pequeña cesta metálica que también sumergió en aceite. Removía las patatas gracias a una larga espumadera. Estaba bien que la espumadera fuera larga, pues el aceita saltaba.
El anfitrión nos enseñaba la gran casa y ascendíamos a los pisos superiores por unas escaleras de caracol. Iba siguiendo al anfitrión hasta que las escaleras se estrecharon de tal forma que no podía avanzar más. Podría haberme contorsionado y haber superado aquel embudo, pero no sabía si, en el intento, iba a quedarme atascado. Comuniqué al anfitrión y a la gente que me seguía que aquello era arriesgado, y que no sabía si realmente merecía la pena llegar hasta arriba. Sugerí, asimismo, encontrar otro camino alternativo a los pisos superiores, pero el anfitrión me comunicó que, de haberlo, lo desconocía.

Hace algún tiempo (esto no forma parte del sueño), vi un vídeo sobre circulación, en el que explicaban particularidades del tráfico y el origen de los atascos. A tenor de este vídeo, en el sueño, me encontraba con mi padre en un restaurante de un pueblecito, al lado de una pequeña carretera comarcal. Decidimos verificar la información del vídeo y realizar un experimento.
El restaurante tenía la sala cerrada, no así la cocina, que creo que permanecía abierta. Que no hubiera personal del restaurante por allí merodeando nos permitió hacernos con unos contenedores de basura vacíos, los cuales colocaríamos en medio de la carretera con motivo de cortar la circulación.

Dudaba que el plan funcionara pues los automóviles, cuando se detuvieran y comprobaran que los contenedores estaban vacíos, podrían empujarlos y reanudar su marcha sin demasiado dramatismo. En cualquier caso, el plan dio sus frutos, y pronto se empezó a formar un fenomenal atasco, que atrajo también a algunos vecinos de aquel pueblo y a las autoridades policiales.
En un aula de una autoescuela, un profesor me explicaba el operativo, y me revelaba que el tráfico había sido desviado por una calle aledaña. Esto permanecía medio en secreto para que la segunda calle no fuera también saboteada y, al mismo tiempo, permitiera seguir con las investigaciones emprendidas. El profesor me enseñaba diapositivas de los garajes de esta nueva calle. Primero estaban pintados con los colores del arcoíris y luego tenían apariencia de garajes de lujo. Ignoro qué tenían que ver los garajes en el operativo dispuesto.

No sé cómo ni de qué manera, el caso es que ya no éramos mi padre y yo los autores de aquel experimento ilegal, sino un joven que se encontraba camuflado entre el tumulto, regodeándose en

secreto de su crimen. Además de los contenedores de basura vacíos, había colocado junto a ellos un pelele para bloquear la circulación. Este joven terminó delatándose como autor de los hechos porque, a medida que el atasco y la afluencia de vecinos iba aumentando, le empezaban a salir granos en la cara y esta enrojecía. Siendo así, no tardó la policía en identificarle. Conversé con una agente de policía, y me di cuenta de que llevaba una suerte de máscara de terror, la cual me prestó, dada mi curiosidad, y me la puse.

La gente me observaba y hacía fotos. El pelele que el criminal había colocado en la carretera se había convertido en una especie de icono del pueblo, y yo ahora, con la ayuda de algunos amigos, me disfrazaba de él. Primero fue la máscara que he citado, y luego consiguieron que me subiera en un carrito de niño. Apenas podía ver algo con la máscara puesta.
Me proporcionaron también dos globos con forma de corazón, que había de girar gracias a un tipo de mango de plástico color rosa con cuidado de que estos no se me escaparan. El disfraz estaba completo y paseaba por las calles del pueblo subido en el carro, sin dejar de llamar la atención. Cuando un señor mayor sentado en un banco me vio, me dijo que qué infancia más triste la mía, pues, a su juicio y seguramente al de todos, no sabía girar los globos con destreza.

Llegamos hasta un aparcamiento semivacío, donde dejamos un coche. El aparcamiento se empezó a llenar y entonces, la policía y yo, tuvimos que retirar algunas bicicletas, algunas de las cuales parecían valer bastante dinero y no estaban muy seguras.
De vuelta del aparcamiento, viajaba en una suerte de taxi o furgoneta en compañía de algunos amigos. El conductor y un cura, que iba de copiloto, se pusieron a bendecir hostias y a tomarlas. Yo le comunicaba a una amiga que se encontraba sentada atrás que Jesucristo era *un gran partido, pues tenía el pelo largo, barba, era joven y bastante apuesto*. Me ofrecieron una hostia consagrada y yo la ingerí después de proferir una blasfemia. Observé que un compañero que estaba sentado a mi lado había estado tomando fotografías del sacerdote con propósito de hacerle burla. El sacerdote acabó por advertirlo. Me dejó una bolsa de plástico con hostias en mi regazo, algunas de las cuales ingerí, mientras se ocupaba en reprender duramente a mi amigo.

Colibríes

Anoche daba una vuelta en compañía de una amiga por una isla. La isla no era demasiado grande y en poco tiempo se la podía rodear. Mi amiga andaba hablando con colibríes que se entretenían entre plantas frondosas. Había quedado con ellos a una hora determinada para desvelar una suerte de misterio. Durante el paseo, logré que un colibrí se posara en mi dedo, pero el ave no hablaba y todavía no era la hora acordada.

En la playa, había bastante oleaje y tomaba un baño. El tiempo era muy tormentoso. Mi amiga y yo nos desplazábamos hasta un puerto. Allí, embarcábamos en una lancha rápida. Creía que aquella lancha no era como la que buscábamos (ignoro, a ciencia cierta, cómo era la lancha que buscábamos), y entonces salimos rápido del puerto. Mi amiga me señaló que de seguir dudando sobre si aquella lancha era la adecuada, podría hacer *el examen de la arena negra* a fin de salir de dudas. Tampoco sé en qué consistía dicho examen.
Navegábamos muy rápido y tenía miedo de que colisionáramos contra algún objeto. Quedaba claro que aquella lancha no estaba diseñada para dar un paseo, sino para tener que estar prestando cuidadosa atención constantemente, cosa que debía hacer yo mismo, puesto que mi amiga no estaba para nada pendiente del timón.

Se acercaba la hora de ver a los colibríes y me vestí de negro, con una larga capa. Íbamos saludando al resto de los paseantes y, en general, haciendo todo lo que debíamos hacer para desvelar el misterio, pero finalmente los colibríes no se presentaron a la cita.
Decidimos, en vista de esto, seguir haciendo turismo por la isla. Sugerí a mi amiga ascender por unas escaleras en miniatura que había entre unas casas también en miniatura, dado que ese lugar lo había visto recomendado en algunas guías.

La afrenta

Anoche soñé que alguien, con nocturnidad, estrellaba el coche de mi familia contra mi casa, metiéndolo en la cocina. Me pareció motivo para llamar a la policía. Tuve problemas para recordar el número y, cuando conseguí contactar con el comisario, este se entretuvo en hacerme completar un largo formulario del todo intrascendente e inoportuno. Me desesperaba viendo que mi casa y mi coche estaban destrozados, y parecía que nadie iba a hacer nada por remediarlo. Finalmente, algunos operarios vinieron a reparar las paredes e incluso, el mismo comisario, llegó a personarse en el lugar de los hechos.

Arremetía contra él y le argumentaba que era más bien una persona tranquila, pero que aquello era, como poco, para hacerme perder los estribos. Cuando el comisario peritó los daños y descubría que el vehículo siniestrado también era nuestro (no sé por qué motivo el automóvil cambió de color), parecía que empezaba a compadecernos. Había también congregada una nube de vecinos y curiosos por allí merodeando, lo cual era de todo punto bastante molesto.

Los operarios levantaron una pared y sellaron la vivienda, pero no dejaron el hueco de las ventanas que allí hubo en un principio. Mi padre me dijo que no me preocupara, que siempre habría tiempo de hacerlas.

Los vengadores

Anoche soñé que acercaba a mi hermano a algún lado en coche. Llegábamos a una rotonda elevada y ahí no cedía el paso a un vehículo, de modo que, para corregir mi falta, me aparté a la derecha con motivo de que me rebasara. El vehículo en cuestión había cruzado la rotonda a cierta velocidad, describiendo una línea prácticamente recta. Resultó ser un vehículo de la policía.

La policía nos paró y nos interrogó, se dedicaron a revisar nuestra documentación y a rellenar lo que parecía una multa. Mientras esto ocurría, me dediqué a inspeccionar una suerte de nave industrial, donde encontré muebles apilados. Una amiga mía, o mi hermano, estaban buscando una silla y yo les recomendaba, más que una silla buena, una silla cómoda, que permitiera tener la espalda recta, pues a pesar de que en aquella nave hubiera bastantes sillas, no todas se encontraban en buen estado. Finalmente, encontré una silla adecuada, y me alegré de tenerla allí; parecía que había comprado aquellos muebles con la intención de ocupar un piso y estos eran más baratos de lo que cabía esperar.

El guardia me entregaba la multa y yo pensaba, en un principio, que tendría que abonar unos 170 euros, pero la multa rondaba los 500, cosa que me indignó bastante y me puso de mal humor. Cuando ya estábamos dispuestos a partir, mi hermano se entretuvo en desplegar una rampa hidráulica que salía del maletero de nuestro coche, elevándola bastantes metros hasta que se partió al colisionar con el puente de una fábrica. Desaprobé aquella acción de inmediato, argumentando que, de seguir así, no tardaríamos en ganarnos otra amonestación.

Nos habíamos entretenido bastante con los trámites de la multa y la rampa, de modo que sugerí a mi hermano volver a casa en vez de dirigirnos al lugar donde teníamos previsto ir, pero finalmente optamos por seguir el plan inicial. Miraba el mapa GPS y veía que atravesábamos carreteras demasiado rápido.
Era posible que el mapa estuviera desajustado, no obstante, era complicado detener la marcha para arreglarlo. El GPS me señalaba un destino del que desconfié, aun así, estacioné en la plaza de aparcamiento indicada y el lugar era una oficina de correos. Había una carta para nosotros, carta que abrí para descubrir un anuncio de la película *Los vengadores*. Mi hermano me dijo que, antes de abrir la carta, ya se esperaba el anuncio.

Cuando desperté y fui al baño, reparé en que me llegaba spam hasta en sueños.

La cámara rota

Anoche soñé que iba a dormir a casa de unos amigos de mis padres. Como todavía era verano, podríamos descansar en el jardín, donde dos perros nos vigilaban y un manzano lleno de frutos nos ofrecía sombra.

Aparqué en un lugar cercano a la casa y, en una especie de local donde lavaban coches, me informaron que mi cámara de fotos estaba averiada. Parecía que el arreglo no solo consistiría en cambiar el objetivo, que no era muy bueno, sino también en reponer una especie de placa blanca situada en la base de la cámara, y que impedía que las fotos no estuvieran correctamente niveladas. Aunque el dependiente me comunicara que la solución no era costosa, la cifra que me demandó superaba los mil euros y se acercaba a los dos mil. Bastante para una mera reparación.

El órgano

Visitaba a un familiar que no existe, un pianista prodigio que en la actualidad andaba retirado. Creo que estuvo vinculado a la música cubana y era difícil calcular su avanzada edad.
En la casa del familiar había varios teclados, uno de ellos Hammond, con un registro muy reducido, apenas dos o tres octavas en dos niveles. Anduve manipulando sus barras deslizantes hasta obtener el sonido deseado y, mientras tocaba, no podía evitar sentir cierta frustración alternada con momentos de bienestar. Quería estar a la altura de mi antecesor y no sabía si lo conseguiría.

El apartamento en Marte

Un amigo mío poseía un apartamento en Marte. Lo estaba vendiendo o, al menos, tenía intención. Una amiga mía me preguntaba por la mejor forma de poder comprarlo, quería saber su precio y yo le informaba de que el apartamento debería costar unos 19.000 euros. Aconsejaba a mi amiga ofrecer 11.000 euros, lo cual implicaba una rebaja considerable. No sabía si quiera si mi amiga tenía ese dinero o si mi amigo iba a estar dispuesto a aceptar el trato en aquellos términos. De otro lado, aconsejaba a mi amiga que, de comprar el apartamento, sería difícil amortizarlo, pues tendría que ir y venir hasta Marte de continuo, lo cual supondría mucho tiempo y dinero invertido.
Mi amiga insistió en la compra argumentando que, en cualquier caso, ella podría especular con el piso, y si le resultaba muy engorroso viajar a Marte, podría venderlo. Le dije que mi amigo, de venderla a ella el piso, lo haría por casi la mitad de su valor, con lo cual, aquello era, a mi entender, mal negocio, suponiendo que, cuando ella lo revendiera, tendría que practicar otra rebaja similar.

Fue bastante chocante viajar a Marte y descubrir que allí había colonias humanas asentadas desde hacía bastante tiempo. No era algo que fuera público. Las construcciones parecían relativamente modernas y, a pesar de que los tonos rojizos dominaban la mayoría del paisaje, el cielo y algunos océanos vestían de un intenso color azul.

Me disponía a rodar un cortometraje y el director y yo habíamos llegado antes que los actores a mi casa, de modo que decidimos empezar con algunas escenas que yo protagonizaría. Las escenas eran en el baño, sentado en la bañera, debajo de la ducha. Al ser el baño de reducidas dimensiones, resultaba complicado ajustar el tiro de cámara. Más tarde llegaron los actores y tuvimos que repetir las mismas escenas, hecho que me hizo pensar que habíamos trabajado en balde.
Recuerdo que el guion era intrincado y queríamos que algunas escenas claves del corto fueran en Marte, para lo cual habíamos planeado rodar con un croma, añadiéndole en postproducción multitud de efectos.
El director pretendía que, en torno a ese clímax de la filmación, la banda sonora fuera una especie de musical. Yo no tenía mucha fe en esto último, pues el libreto me pareció bastante ridículo, y comencé que lo mejor para aquel punto álgido sería una composición puramente instrumental, independientemente de si el resto de la música iba a contener voces.

La bailarina

Resulta que tenía una hermana bailarina y la acompañaba al Teatro Real, porque allí iba a representar una función. Caminábamos por un pasillo y oíamos desde allí los abucheos del público. Alguna coreografía, en algún escenario cercano, había salido mal. Me sorprendía que el ballet, llegado hasta aquel punto, fuera como los toros o el fútbol.

Habíamos de bajar unas escaleras y, antes de acceder a ellas, atravesamos un puente pequeño que, en su centro, tenía unos proyectores de luz piramidales con tres colores. Mi hermana me explicaba que era muy importante graduarlos convenientemente puesto que, de saturarlos mucho, la percepción de las distancias y tamaños dentro del escenario podrían variar, dificultando los bailes. Aquella era la labor del llamado *colorista*. Mi hermana había estado en los ensayos bailando y el cuerpo técnico le había pedido, en tono de broma, que les bajase una luna, refiriéndose, sí, a una luna llena que había en el decorado.
El puente, que estaba duplicado, tenía una barandilla muy baja, de modo que debía de agacharme para cruzarlo, pero entonces, cuando alcanzaba la pirámide de proyectores, había de alzarme y pasar por encima de él en un complicado escorzo, resultando que mi chaqueta negra quedó enganchada y casi doy al traste con todo aquel ingenio.

Tras sortear el puente, tocaba bajar las escaleras y tuve que cargar con mi hermana a hombros, se ve que no debía llevar calzado adecuado. Mi hermana pesaba realmente poco y me preocupé por su salud. Era bastante curioso que ella se dedicara a las artes escénicas y yo a la música.
Antes de las funciones, llevaba unos cascos para escuchar las músicas que bailaba, pero no las mías, puesto que mi música no era muy apta para el asunto del ballet. Consideraba todo un orgullo que mi hermana fuera tan afamada y talentosa.

Mis padres nos esperaban en una especie de bar, en unas mesas altas, y me invitaron a un arroz a la cubana con patatas fritas. Tuve que retirar algunos pelos largos y rubios del plato, antes de probarlo. Recuerdo el sabor dulce del tomate, mezclado con el arroz.

Lope de Vega

Mi familia o mis amigos iban a inaugurar un restaurante, para lo cual iban a ofrecer una cena. Aunque el menú estuvo bastante bien dispuesto, no hubo demasiados comensales, lo cual presagiaba que aquel negocio no iba a ser muy floreciente. Tras la cena, fui a acostarme y el local se transformó en una suerte de discoteca caótica.

En aquella cena habíamos de representar una obra teatral de Lope de Vega, si mal no recuerdo. Me había tocado un papel corto y mi personaje, que no adivino como se llamaba, estaba representado por una sigla. Quedaban dos días para el estreno, y yo no había memorizado ni una sola palabra del guion, con lo cual estaba un poco preocupado. A medida que profundizaba en él, descubría más palabras complejas para aprenderme, además del texto que correspondía a otros actores y que yo había de replicar.

Un día antes del estreno, en mi escritorio, buscaba la forma de memorizar aquel texto, para lo cual trataba de transcribir el guion en unos papeles en sucio, con letra mayúscula y lápices que, o no escribían o se rompían, encontrando rimas y procurando establecer reglas mnemotécnicas que no terminaban de funcionar. Mi progreso era más bien nulo y el tiempo de la función avanzaba inexorablemente.

Davie

Anoche soñé que el youtuber Davie504 y yo, nos encontrábamos en casa de un joven alumno, quizás un fan, en medio de uno de sus vídeos. Davie estaba sentado al piano, una suerte de piano de cola en miniatura, con un registro corto y todas sus cuerdas bordonas, de manera que sonaba grave.

Davie y yo improvisamos algunas líneas de bajo y al final acordamos que él ejecutaría una línea mientras yo, en el mismo teclado, me encargaba de realizar una melodía. Como el teclado no era muy amplio, había de tocarlo en un ángulo de noventa grados. Esto, unido a que las dimensiones de las teclas no eran las convencionales y que Davie abarcaba una amplia extensión, hacía mi labor algo complicada.

En un momento de la ejecución, Davie se puso los cascos para escuchar atentamente mi parte, y advirtió que la tonalidad en la que tocábamos no se correspondía. Él estaba tocando en do menor y yo en si menor. Argumenté que, a pesar de esto, la canción estaba sonando bastante bien, pero esto último era bastante improbable.
Intenté recordar cómo se decía "tonalidad" en inglés (toda nuestra conversación se estaba desarrollando en este idioma) pero solo logré pronunciar "armadura" en español.
Anuncié a Davie y al joven alumno que cuando contara con un suscriptor en mi canal de YouTube, haría una revelación de hablar español, cosa que pareció aprobar Davie, a pesar de que lo expresara con bastantes dificultades.

La banda sonora

Anoche soñé que me encontraba en el colegio, sentado en un pupitre bastante esquinado, pupitre que en efecto ocupé de joven a causa de mi mal comportamiento, hará bastantes años atrás.

Emprendíamos una suerte de lectura, y hacía acopio de apuntes manuscritos, ordenándolos en un grueso taco, haciendo que parecieran tarjetas de visita, junto con algunos libros. Tanto los apuntes como los libros no eran exactamente de la materia que estábamos dando, según creo recordar. La profesora me proporcionaba una suerte de alimento fabricado en el laboratorio, como una pastilla efervescente de carne química. Mientras la tomaba, escuchaba una banda sonora que me habían indicado. La banda sonora presentaba una parte bastante épica de una guitarra eléctrica, seguida de unas campanas.

El barco restaurante

Me encontraba en un centro comercial con mi novia, e iban a cerrar. Lo habíamos recorrido y encontrado en él algunos muebles: pequeños asientos y cofres tapizados. Adiviné que aquellos muebles estaban fabricados por los dueños de las tiendas porque así serían más baratos en relación con otros que comprasen y más caros de vender. En nuestro camino buscando la salida, me puse a orinar en unas escaleras, confiando en que nadie me viera, cosa que terminó sucediendo.

Fuimos ascendiendo por unas largas escaleras mecánicas hasta dar con un parque rodeado por un río. Íbamos en busca de un puente para atravesarlo y en uno de los márgenes nos encontramos con unas cinco o siete turistas japonesas. Tras el puente que cruzamos, encontramos dos restaurantes chinos y uno italiano, los tres en grandes barcos.
A la entrada del restaurante italiano, había un cartel que informaba que visitarlo era gratis, no así comer allí. En nuestra visita, gratis, descubrimos unas señoras que, pese a que la calidad del producto parecía buena, no estaban demasiado conformes con una especie de carne seca, que acompañaban con queso blanco y fresco. Probamos la carne y parecía aceptable. Temíamos que nos viesen como unos aprovechados, de otro lado.

En una casa grande, había una chimenea encendida y esta empezaba a exhalar un montón de humo. Para evitar el humo, abría las ventanas. Un niño y yo preparábamos la comida a su padre y el mío. Intentábamos poner en marcha una suerte de cortacésped, derramando un montón de gasolina por el suelo. Finalmente, me dedicaba a regar las plantas del jardín. Se trataba de largas hileras de cactus y mi padre me advertía que no era preciso regarlas en exceso.

11756

Bliss extrajo esta combinación de un montón de números apuntados en la pizarra de un sueño. Podría ser la serie ganadora de algún sorteo de lotería. Ahí lo dejo anotado.

El salvaje mudo

Hará bastante tiempo, probablemente más de quince años, recuerdo haber tenido un sueño que me impactó sobremanera. No sé a ciencia cierta si por aquel entonces acostumbraba a relatar mis sueños. Es probable que sí.
En efecto, hubo una época en la que ejercí la misma práctica que ahora desempeño, solo que en el papel. No se trató de algo continuado, sino de algo bastante ocasional y esporádico. Abandoné aquella labor porque no me resultaba satisfactorio remontarme siempre a la lectura de estados pasados. Tampoco convivía muy a gusto con la arbitrariedad con la que los sueños se producían, ni con la prisa con la que había de trascribirlos para evitar olvidarlos.

De cualquier manera, este sueño no lo relaté, sino que barajé la posibilidad de hacer a partir de él una obra literaria pues, tal y como vino, me pareció de una estructura idónea para encajar en una suerte de libro o publicación. Puede ser que incluso apurase un esbozo que terminé rechazando. Y digo esto por no decir que seguramente pensé que era una historia realmente buena que, en la medida en que fui despertando, me fue desencantando.

El sueño en cuestión trataba sobre una especie de tribu que vivía en una caverna y accedía a un nuevo mundo; natural, selvático, luminoso y puro, tras un largo y tortuoso periplo que no puedo detallar en profundidad. El protagonista resultaba ser, junto a su novia o esposa, o amiga, el sobreviviente salvaje de una gran guerra, una glaciación o un cataclismo. Y como secuela de este estado anterior, el protagonista había perdido la voz, pero eso no le impedía comunicarse con su compañera a través de otros ingeniosos códigos.

A pesar de que los detalles me resulten impenetrables, consigo evocar la sensación de desamparo al perder la voz, la sensación reconfortante al encontrar formas alternativas de comunicarme… la inmensidad y sobrecogimiento de aquel nuevo mundo, tan natural y esplendoroso, que significaba un renacer tras tiempos oscuros.

Podría haber sido una buena historia, pero resultó más interesante soñarla que escribirla.

La comida navideña

Me disponía a rodar unas escenas de un corto en casa de un amigo. Buscaba un estacionamiento que no fuera zona azul, lo cual era labor complicada. Tras encontrar un sitio, encontré otro mejor, después de andar unos metros, y moví el coche que, para aparcarlo, lo había plegado como si fuera un acordeón. No quise desplegarlo demasiado, pues se trataba de no ir muy lejos con él, y pensé en que mi amigo lo empujase hasta su nuevo lugar, pero temía que lo deterioráramos. Una vez en el nuevo aparcamiento, no vi necesario estacionar, decidí llevar el coche atado a la cintura, como si fuera un jersey.

De camino a su casa, íbamos departiendo sobre música. Habíamos de ascender una suerte de promontorio, describiendo una espiral, atravesando una suerte de descampado.
Un hombre con su perro, que lo había sacado a pasear, caminaba más rápido que nosotros, y hubimos de cederle el paso. Cuando llegamos a la casa, ya era casa de mi novia, y mi novia entraba haciendo topless. Le pregunté si iba a entrar de esa guisa algo extrañado y ella dijo que no, que no se había dado cuenta.

Dentro de la casa, había colocada decoración navideña. Reparé en varias velas encendidas cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad. Saludé efusivamente a la hermana de mi novia y a su madre, que parecían extranjeras. Faltaba por encender una gran vela en el centro de la mesa, y me dispuse a hacerlo.

La caravana

Anoche soñé que llevaba a mi hermano a algún sitio en un coche viejo y blanco. Como suele ocurrir con la mayoría de los vehículos de mis sueños, este no arrancaba, o no alcanzaba suficiente velocidad. Una caravana nos adelantó en un semáforo y más tarde recuperé mi puesto en un descuido del otro conductor.

La moto y la transfusión de oro

Ayer soñé que mi padre y yo íbamos a dar una vuelta en moto, para lo cual, llevábamos la moto en el maletero del coche. Llegábamos a una zona campestre apta para dar una vuelta y me dispuse a extraer la moto del maletero, pero al estar el coche aparcado en cuesta, esta tarea se complicaba.
Mi padre me sugirió que aparcara en otro lado, y así lo hice, encontrando una plaza de aparcamiento al efecto, pero no pude estacionar ahí pues un mendigo me indicó que aquel era su baño.
Al llegar a casa, mi madre me comunicaba que era muy difícil escuchar mi música en internet, pues los datos tardaban demasiado en alcanzar los dispositivos.

En el sueño de anoche necesitaba una transfusión de oro en sangre para mejorar mi salud. Observaba los indicadores de oro en una pantalla y estos ascendían a valores de 2.ooo. El valor era amarillo y los valores de mi padre, que no eran de oro sino de hierba de trigo, eran verdes.
Mi padre cambiaba la hierba de trigo por oro y creo recordar que incluso había comprado una mina, pero esta todavía no producía nada. Había sospechas de que yo no estuviera destinando el oro para mi salud, a pesar de que en una radiografía se apreciaban claramente mis pulmones dorados.

Música en el bar

Anoche, en sueños, asistía a la facultad. Las aulas eran grandes, algunas de ellas al aire libre y contaban con altas mesas blancas. Muchas de estas mesas estaban ocupadas por alumnos y era difícil escoger una que quedase cerca del profesor. Afortunadamente, el profesor disponía de un micrófono y gracias a esto no era difícil seguir la clase.

A la salida de la facultad, caminé por una calle céntrica de la ciudad. En la terraza de un bar, había un músico conocido con su grupo, grabando un videoclip. Yo andaba por la acera y trepaba por una suerte de escultura de letras. Estaba investigando un crimen, o algo así. Trabajaba, también, para una productora audiovisual, y los jefes estaban entrevistando en un parque a un candidato para la directiva. Los jefes, que eran dos, y el candidato, vestían de forma similar, e incluso tenían similar apariencia. Pensaba que si te presentabas a una entrevista y los jefes se identificaban contigo por tu aspecto, tendrías más posibilidades de trabajar allí.

Estaba tocando música en un bar, junto con otros dos músicos. Uno de ellos tocaba el piano de pared y el otro la guitarra. Tocaban temas difíciles que a duras penas conseguía seguir. Trataba de desencriptar aquella música desordenada encontrando patrones. Alguien del público nos increpaba por tocar mal, a lo que yo replicaba que, personalmente, no estaba tocando gran cosa.

Me encontraba improvisando algo cuando dos señoras algo mayores llegaron al bar y preguntaron por mi primo. Seguidamente, nombraron mis dos apellidos. Les informé que los apellidos eran míos y que yo mismo *me conocía muy bien*. Debía hablar con estas señoras, para lo cual, bajé del escenario y me dispuse a servirles un vino que me solicitaron.
No identificaba el vino que me habían pedido, así que supuse que se trataba de un vino tinto, pero no encontraba vinos de esa clase en el bar. En una nevera, di con una suerte de vinos rosados y temía que fueran a ser demasiado caros. Consulté con uno de los músicos y este extrajo del frigorífico una botella a la que quitó la etiqueta. Informé a las señoras de que disponíamos de vasos helados para tomar el vino y también de que el hielo del bar con toda seguridad no iba a ser de su agrado.
Ni los vasos ni el hielo, en efecto, lo fueron.

La tabla de surf

Soñé anoche que realizaba con mi hermano un viaje a la costa. Nos alojábamos en un hotel antiguo, con oscuros patios de luces y pasillos idénticos, puertas de madera. Fuimos a la playa y teníamos intención de visitar un puerto de aguas verdosas. Llevábamos con nosotros una tabla de surf para bañarnos.

En la playa había un hotel, o un restaurante que era también una suerte de barco. El director de aquel alojamiento, trajeado, nos informaba que, si pretendíamos llevar la tabla de surf de vuelta a nuestro alojamiento, debíamos de recurrir a los servicios del hotel-barco. Pensé que era algo inusual que el propio director del alojamiento llevara a cabo personalmente aquella mundana tarea. También me pregunté si no sería posible esquivar aquel engorroso trámite, pero opté por ser legal.
Mi hermano y yo llegamos hasta una suerte de tienda y allí un empleado se ocupó de embalar cuidadosamente la tabla de surf, para lo cual, hubo de desmontarla primero. Le ayudé a poner cinta adhesiva y papel de burbujas, labor dificultosa y que no tuvo muy buen resultado. Pregunté a los empleados si aquello iba a acarrear un alto coste, a lo que una compañera del dependiente que estaba embalando me reveló que los empleados de aquella tienda cobraban seis euros la hora. Traté de calcular cuánto me correspondería pagar por el servicio, pues la cifra que me habían facilitado era de lo que se componía su sueldo, pero yo no tenía por qué pagarlo íntegro. Me pareció un sueldo bastante exiguo, de otro lado.

Aguardaba a que mi hermano llegara al paseo marítimo, una vez hubimos dejado la tabla en la tienda, y desde allí pude ver un comedor del hotel, que en aquel momento se encontraba ocupado por la tripulación, vestida como si fueran pilotos de avión.
Volvíamos a nuestra habitación y yo trataba de recordar el camino hasta ella. Antes de emprender la marcha, me asaltó la duda de si habíamos hecho bien en dejar la tabla de surf en la tienda, pues lo mismo habíamos iniciado el trámite para venderla, siendo nuestro beneficio, irrisorio comparado con el que la tienda iba a obtener. Al margen de esto, como dije, nuestra intención era simplemente traerla con nosotros.

Discusión política

En el sueño de anoche me encontraba en el rellano de la escalera de mi antigua casa. Pablo Iglesias y Pedro Sánchez estaban discutiendo. Tras aquel desencuentro, se pusieron a hacer mi cama. Quise fotografiarlos sin que lo advirtieran para informar a mis contactos de tan insólito acontecimiento. En cierto modo, que los dos políticos trabajasen en una misma obra resultaba algo tranquilizador, o eso quería pensar.

Hablaba con mi madre de la difícil situación política que atravesaba el país y mi madre decía que mi padre quería meter a mi hermano en el gobierno, quizá como embajador de Italia. Yo preguntaba si no sabiendo italiano era eso posible, si con saber inglés bastaba. No era un buen momento para aprovecharse de las instituciones, pero en un futuro esta designación podría ser viable. Había que permanecer a la espera de cómo se desarrollase la crisis sanitaria.

Mi padre estaba desinfectando un baño que se comunicaba con otro baño, en el que yo me encontraba, y veía pelusas yéndose por el desagüe.

La coronaboda

Anoche soñé que un padre grababa un vídeo tocando el bajo con su hijo. El bajo del hijo era una especie de sampler, y pulsando las cuerdas se reproducía música pregrabada. Pensaba que con este ingenio el hijo tendría menos presión a la hora de tocar, dada la gran cantidad de trabajo a la que eran sometidos los niños prodigio. El niño comenzaba a tocar la pieza enchufando el bajo y, antes de enchufarlo, pasaba la clavija por las cuerdas, reproduciendo los samplers.

Me asomaba a la ventana y veía en la casa del vecino un grupo de trabajadores con sudaderas blancas y logos azules del año dos mil introduciendo por el garaje montones de tierra. Pensé que alguno de mis vecinos había muerto a causa del coronavirus y, ante la falta de lápidas, lo iban a enterrar en el jardín, sin embargo, la cosa no era así.

Uno de los trabajadores, que resultaban ser miembros de alguna secta religiosa y no parecían tomar muchas precauciones con la pandemia, llamó a nuestra puerta y nos dijo que los vecinos iban a celebrar una boda, para lo cual necesitaban que estuviéramos festejando en el balcón.
Yo traté de cerrar las contraventanas para que no me molestaran, pero estas estaban desvencijadas y el viento, una vez cerradas, las volvía abrir. Los vecinos estaban tratando por todos los medios de que alguna princesa o alguien importante acudiera al evento, pero esto era difícil, especialmente con la crisis sanitaria.

Veía en las noticias la boda. Los novios conducían un descapotable y en el maletero, abierto y lleno de flores, viajaban dos niños, uno de los cuales se aproximaba a un peligroso insecto, similar a un escarabajo verde, que se encontraba en la flor de una orquídea.
Los periodistas criticaban la boda por el riesgo que estaba asumiendo el infante.

Coches rojos

Me asomaba por la ventana y veía que una grúa traía en frente de casa de mis vecinos un coche rojo con algunas lunas rotas y al que le faltaba una puerta. No tardó otra grúa en, un poco calle abajo, dejar otro coche rojo de similares características aparcado.
Era extraño, pues no sabía si los vehículos habían sido vandalizados o habían sufrido un accidente. Los vecinos aparcaban el coche en el interior del garaje y al punto llegaban varios vecinos en sus coches, venían de una reunión o algo así. También traían coches rojos. Se internaban en sus casas.

Salía a la entrada de mi casa y veía un cartel en la puerta del vecino en el que anunciaba que su casa acogía a huéspedes que quisieran alojarse por Airbnb. Cuando la puerta se abrió, quise cotillear un poco el recibidor y logré ver una especie de paragüero con un cartel de *prohibido fumar*.

Habían dejado salir a los niños a la calle para aliviarles de la cuarentena y observé que cuatro iban paseando, uno de ellos era un bebé en un carrito. Me pareció mal que no fueran acompañados de ningún adulto.

La lista de rock

Anoche soñé que mi novia quería coger un taxi para llegar a un centro comercial. Recuerdo que estaba lloviendo y deambulábamos por el parking descubierto de una especie de zona de restaurantes. No sabíamos muy bien si los taxis estaban en huelga o fuera de servicio debido a la crisis sanitaria, pues no veíamos ninguno operativo y, en suma, no sabíamos si el centro comercial al que queríamos llegar estaría abierto. Vimos pasar a un taxista, pero este iba acompañado de su mujer y su hijo pequeño, al que estaba enseñando a conducir el taxi.

Asistía también con mi novia a una boda entre dos mujeres de cierta edad, quizá extranjeras. Estábamos alumbrando con la linterna de nuestro teléfono móvil al techo y las paredes, seleccionando para ello diversos colores que estaban disponibles. A una de las novias le gustaba especialmente el azul y tratábamos de armonizar este color entre todos los colores que estábamos probando.
Además de las novias, éramos cuatro los invitados a la boda. Llegamos hasta una sala con sillones y allí una de las novias me pidió que cambiase el hilo musical, que en esos momentos estaba sonando por unos altavoces con bastante mala calidad. Me dirigí hasta una radio y pedí un conector minijack, resultando que me prestaron un conector USB que también me servía.
En mi móvil, a parte de la lista de las luces de la linterna, tenía también disponibles listas de música. Después de descartar una lista de luces rosa y azul, puse a reproducir una lista de rock, que arrancó con unos acordes cortados de guitarra distorsionada que me recordaba a los primeros años de los Beatles. La lista sonó simultáneamente por mi móvil y la radio, por encima del hilo musical de mala calidad, y a la novia pareció gustarle.

Un cielo de pobres

Me convertía en mi tío abuelo y visitaba el hospital. Unos médicos pasaban por mi habitación y comentaban que el hospital estaba bastante vacío, *como debía estar*. Llegaba a mi habitación una paciente anciana, y yo la dejaba elegir cama, pues había una cama libre al lado de la mía.
Había deshecho las dos camas, y pensaba que por ello la anciana se iba a molestar. La anciana eligió la cama contigua a la pared, porque supuestamente ella recibiría menos visitas que mi tío abuelo y así mis visitas tendrían mejor acceso. Recuerdo que al lado de las camas se encontraban sendas mesitas de noche.

Mi tía vendía su casa. Mi familia se la compraba y a cambio ella nos pagaba un alquiler. Estábamos como de reforma en el piso y, en su habitación, había acumulados tres radiadores marrones, todos encendidos. Procedía a apagarlos pues, ahora que ella no estaba allí, aquello era un gasto innecesario. Desde la ventana podía ver un brumoso Madrid plagado de edificios, vacío por la pandemia. Dentro de poco se pondría fin al confinamiento y se podría salir a la calle.

Me encontraba descansando en un parque de Madrid y, desde la acera, observaba edificios con fachadas barrocas, pensando en encuadrarlos para una foto.
Un amigo homosexual me enseñaba su carpeta de apuntes del colegio, en los que había notas de asuntos religiosos, hablando sobre lo impúdico de la desnudez, por ejemplo. Mi amigo no había podido completar los estudios, muy a su pesar, porque había sido expulsado, de modo que no conservaba demasiados apuntes en la carpeta. Eso sí, los que había estaban bastante ordenados.
Yo hacía bromas sobre la iglesia, sosteniendo algo así como que *el cielo estaba lleno de pobres* y que *si cometías pecados ascendías de nivel al purgatorio*.
Ahora que lo pienso, no encuentro demasiado sentido a los chistes.

Were is my wallet

Soñé que llegaba con mi novia a un hotel de la sierra. No había camas disponibles y nos avisaban que, si queríamos pernoctar, habríamos de dormir en una cama ubicada en un recibidor. Al día siguiente, realizábamos una excursión por un pueblo lleno de cuestas bastante inclinadas.

Mi padre y yo bajábamos a la piscina del hotel y esta se empezaba a vaciar de gente. Me encontraba a gusto en el agua, recuerdo que, a escasos metros, en la playa, había columpios acuáticos.

Un amigo mío cuyo móvil ha desaparecido volvía a estar en línea. Le pedía una canción que andaba buscando y me la envió junto con algunos escritos ciertamente extraños.

Flautas y cacahuetes

Los integrantes de un grupo de música estaban tocando la flauta. Me acercaba a ellos y me interesaba por el instrumento. Observaba que las flautas que tocaban eran muy cortas, también negras y que los labios no los apoyaban en lo que llamé técnicamente *la embocadura*. Pregunté si eran *flautas celtas*, a lo que me respondieron de forma afirmativa. Me parecía curioso que se tocasen de lado, como la flauta travesera y no de frente, como la de pico, asunto que también tuvimos oportunidad de comentar.

Al ser tan cortas las flautas, tenía dificultades para integrar todos los dedos en ellas, de modo que uno de los músicos procedía a darme pequeños cacahuetes para que los tocara. Los cacahuetes que me iba dando aumentaban de tamaño con el fin de que, cuando llegase la flauta a mis manos, no me pareciera tan pequeña en comparación con los cacahuetes.
Cuando finalmente alcancé la flauta, esta parecía más bien una ocarina, pues tenía un cuerpo grueso y redondeado, similar al de un escarabajo, con tres filas de agujeros, de modo que mis manos no podían taponarlos todos a la vez.

El viaje a EE. UU.

Anoche soñé que viajaba a EE. UU. Con mi novia. Visitábamos un Burger King, que estaba lleno de inmigrantes que hablaban español. A la hora de pagar, mi padre aprovechaba unos dólares que tenía en la tarjeta de crédito. Nos cobraban alrededor de 130 dólares por unos menús, cosa que me pareció excesiva, pero con el cambio igual salía bien de precio.

Hacíamos algunas excursiones por los alrededores, que eran bastante pintorescos, pero nada demasiado fuera de lo común. Planteaba la posibilidad de ver cosas más interesantes, pero, por algún motivo, quizá por temor a extraviarnos, no podíamos alejarnos mucho del hotel. Propuse entonces configurar una hoja de ruta en los días siguientes, y mi novia y su hermano me dijeron que tampoco era cuestión de tenerlo todo planeado. Objeté que todo, todo, no, pero sí por lo menos realizar un esquema para regular nuestras visitas.

Caminábamos por la vereda de una carretera y procurábamos no cruzarnos con gente que hacía deporte a razón del coronavirus. Corrían tan rápido como si fueran en coche. Llegábamos hasta un gran río y no pudimos continuar la marcha. Recuerdo lanzar una piedra arenosa a las aguas. Allí, en EE. UU. Los ríos eran bastante grandes, así como las montañas.

Dábamos una vuelta por la ciudad, y veíamos un rascacielos futurista y vidrioso que estaba comunicado con otro, formando un arco por encima de la carretera. Subíamos a un ascensor para visitarlo. Éramos cuatro en el ascensor e íbamos un poco apretados. El ascensor describía la curva del arco de manera que iba inclinándose a medida que ascendía. Los pisos pasaban bastante rápido. Me di cuenta de que no íbamos a coger altura con el ascensor, sino a volver a la primera planta describiendo el arco, por lo tanto, no podríamos sacar fotos panorámicas.

Llegábamos al hotel y el camino hasta él estaba lleno de musgo. Levantaba un poco el musgo para dejar al descubierto el antiguo pavimento. Había allí alguien que estaba interesado en que aquello se restaurara y volviera a lucir como en tiempos pretéritos.

La lavandería

Anoche soñé que acudía a una lavandería. La lavadora parecía un horno para pizzas. Tras introducir mis prendas, otra clienta quiso lavar su ropa también, para ello separó su ropa y la mía, introduciéndola en bolsas de tela grises con bordados rojos, que se cerraban por medio de una cremallera.

Un inmigrante de raza negra se ahogaba en el mar. Introducían su cadáver en los pisos inferiores del horno-lavadora, para revivirle.

Hacía tiempo durante el lavado en una suerte de chiringuitos de una feria cercana. Me encontraba en compañía de mi padre y mi hermano, y ordenaba una ración de patatas fritas. Mi hermano pedía pollo frito con hojaldre y mi padre una ración de carne también.

Se ha escrito un crimen

Anoche soñé con dos matrimonios. Los maridos empezaban a discutir. Uno era de talante más nervioso y el otro tenía más, lo que se dice, *sangre fría.* Este último acaba asesinando al nervioso, para lo cual, utilizaba un pico que clavaba en el hombro del otro marido. Personalmente dudaba sobre si aquella era la manera más eficiente de asesinar a alguien pues, más que en el hombro, el pico debería de insertarse en la cabeza.

De cualquier manera, el marido tranquilo propinó varios golpes a su víctima después del primero y luego, con ayuda de su mujer, se dedicaron a descuartizarle y a limpiar con un trapo las manchas de sangre (en forma de gotas) que habían salpicado por la mampara de la ducha.
Las gotas de sangre parecían diluidas en agua, pues, más que espesas y de un rojo oscuro, eran licuadas y de un rosa bastante claro.

La mujer del asesinado llegaba entonces a preguntar a la otra pareja por su marido, dado que aquel no había pasado la noche con ella. La pareja empezaba a urdir una coartada, coartada que recitaban a la mujer de la víctima cantando escalas de blues, en un formato que parecía un dueto operístico.

Bombones de guepardo

Anoche me acercaba hasta la administración de lotería de un pueblo para cobrar un boleto que me había dado mi madre. Había bastante gente preparada para hacer cola en cuanto llegara el dependiente, pero por suerte yo había llegado el primero.

Cuando el dependiente llegó, no tenía preparado el billete y la documentación necesaria, de modo que me hice a un lado y esperé a que una señora que iba detrás de mi fuera atendida. Dejé los papeles en la mesa, me distraje y, cuando el dependiente fue a atender a otra persona, le pregunté que qué pasaba conmigo, a lo que respondió que ya me había metido el dinero en el bolsillo.
Tanteé un grueso fajo de billetes y no me atreví a contarlos en la administración, supuse que el importe era correcto. Pude ver que había billetes de muchos colores, algunos hasta amarillos de doscientos euros.

Mi madre se encontraba en la playa con unos primos, y yo llegué justo a tiempo para despedirme de ellos. Les di dos besos a pesar de que no fuera muy indicado debido a la pandemia. También di el dinero del boleto a mi madre y la felicité por haber acertado. Había comprado más de cien décimos de un solo boleto y, aunque no se tratase del premio gordo, había tocado bastante, como es de verse.

En un parque de atracciones buscaba la manera de subirme a una atracción en la que unas pequeñas motos daban vueltas por un circuito. En mi búsqueda infructuosa di con otra atracción donde había pequeños animales en jaulas llenas de paja. Unas niñas disfrazadas de princesas jugaban a un juego absurdo. También encontré otro circuito, pero este con coches más grandes. Un pelotón de ciclistas corría sin dejar espacios en otra atracción. Un perro con aspecto de bollo glaseado trataba de morderme, pero yo le sometía con relativa facilidad.

En un país árabe, un guepardo lamía un sillón que estaba hecho con piel de guepardo. Pese a que no fuera muy ecológico, el dueño de aquella suerte de palacio tenía pensado forrarlo todo, absolutamente todo, con piel de guepardo. En una mesa recuerdo que había unos bombones de guepardo también.

Nadando por el Manzanares

Me encontraba en un alfeizar tratando de subir, a pulso, una gran olla llena de aceite. Una antigua compañera de la facultad me advertía sobre lo difícil de aquella maniobra y los peligros de caer detrás de la olla al piso inferior. La olla, al fin, acabó en el suelo y, el aceite derramado, hacía que bajar de aquella alta ventana fuera aún más difícil. Me prestaban una escalera, pero yo no sabía muy bien cómo colocarla.

Estaba tratando de convencer a alguien que, en cierta ocasión, había ido nadando desde mi casa al centro de Madrid, empezando por tomar el Canal de Isabel II y llegando al río Manzanares. Hasta a mí mismo me parecía algo bastante improbable, pero, al acudir a mi memoria, pude revivir un sueño anterior en el que, efectivamente, lograba ejecutar aquella proeza.
El resto del sueño lo pasaba intentando recordar el citado sueño anterior, cuestionando algunos pasajes y reinventando algunos detalles, como que mi casa estaba al lado de la costa, que tenía que atravesar presas y saltos de aguas y que, en el Manzanares, cogía una barca.

Asimismo, algunos tramos de aquel camino de agua los recuerdo bastante sucios y contaminados, asunto que me desagradaba tanto a mi como a las personas a las que trataba de convencer que había transitado aquel recorrido de aquella manera.

La Luna es La Tierra

Hace algunos días soñé que dormía con mi novia y dirigía la vista al cielo, donde encontraba una luna de tamaño considerable. Pensaba en despertar a mi novia para que la contemplase, pero terminé por no hacerlo.
A medida que me fijaba en el satélite, este iba aumentando aún más de tamaño y podía reconocer en él continentes, los mismos continentes o, por lo menos, muy parecidos a los que tenía La Tierra. Observaba mapas nuevos de La Tierra, con nuevas perspectivas. Así pues, La Luna era La Tierra.

Aunque parezca peregrino, alguien ha enunciado ya la teoría de que La Luna es en realidad un reflejo de La Tierra. Pese a que me cueste creer esta teoría, está visto que mi subconsciente debió asimilarla de alguna manera.

Las patatas fritas

Iba a comer con mi familia a un restaurante en el que tardaban en atendernos. Permanecíamos de pie en medio del salón a la espera de que nos dieran mesa. El restaurante contaba con manteles blancos y cubertería que parecía de plata. Era algo, por así decir, distinguido.

Tras un lapso de tiempo considerable, un camarero accedió a servirnos en una mesa integrada en una suerte de aparador donde guardaban la vajilla. Uno de los comensales había de situarse algo separado de los demás, en adición. Atendieron a la mesa que se encontraba detrás de nosotros, y el camarero comenzó por anunciar que a aquella hora ya no servían menú, con lo cual, todos los comensales rompieron el folio del menú que tenían en pequeños pedazos.

Mi padre, a la vista de este suceso, decidió abandonar el restaurante. A la salida, comenté con un camarero la situación, intentando que me prestara atención, pues había de atender algunas mesas en inglés. Me dijo que, aunque no hubiera menú, podríamos haber optado por otros menús o por otros platos de la carta. Alegué que aquellos platos podrían costar cuarenta euros cada uno fácilmente, a lo que repuso que siempre quedaría la opción de pedir platos de patatas fritas.

Cuánto hambre han quitado las patatas, dije, algo decepcionado.

El Tratado de Maastricht

Hará unos días, soñé que me encontraba en una habitación de Benidorm y movía la cama hacia una esquina para hacer hueco a una hilera de pupitres, dado que iba a dar comienzo un examen de Historia. Recuerdo del examen al menos dos preguntas: El tratado de Maastricht y El hundimiento del Titanic.

No sabía muy bien como contestar las preguntas, así que busqué la ayuda del profesor y este me explicó que no debía contestar directamente, sino construir analogías, hacer algo así *como chistes*. Las preguntas habían aparecido antes del examen, con lo cual, si hubiera estado avispado, podría haber consultado el libro con anterioridad y responderlas bastante mejor, cosa que lamenté.

Abordaba la pregunta del Titanic realizando un descomunal esfuerzo, y desarrollaba que su hundimiento era un símbolo del progreso y la ambición humana, siempre supeditada a fuerzas superiores que el ser humano tiende a ningunear.

El hospital divino

Soñé que visitaba un hospital de tres o cuatro plantas. La última planta estaba llena de pacientes de coronavirus de avanzada edad. La voz de un narrador explicaba que, con la segunda ola de la pandemia, el hospital se había convertido en una reunión de viejos conocidos. Los ancianos se saludaban por los pasillos y a mí me sorprendía verlos caminar solo con la protección de una mascarilla quirúrgica.

Observaba el ascensor y, el símbolo de ascender planta, que era una flecha hacia arriba, se asemejaba mucho al triángulo que representaba a Dios. Por norma, el símbolo de descender planta debería entonces de representar al Diablo. Pensé que el Diablo había hecho un montón de cosas a lo largo de la historia, en cambio Dios... ¿Qué había hecho Dios? solo había creado el mundo.

Los vecinos músicos

Anoche soñé que unos vecinos músicos dejaban en frente de mi casa un contrabajo desvencijado. Al dejarlo, un hombre se quedaba observándolo y dudaba sobre si se lo iba a llevar. Finalmente, cuando este hombre se alejó, guardé el contrabajo en mi casa. Posteriormente los músicos volvieron a dejar un trombón viejo, pero en esta ocasión se lo llevaron y, después de eso, volvieron a dejar un trombón que no había visto antes, bastante moderno en esta ocasión, con forma completamente recta y un tubo de plástico rosa en su extremo. El procedimiento fue el mismo; un hombre se quedó mirándolo hasta que decidió marcharse, y yo procedí a guardar el instrumento en mi casa. Había de restaurar el contrabajo y de limpiar el trombón. Mi madre me advirtió sobre el uso de agua caliente y con presión, por si se me quemaban las manos.

Parecía que los vecinos músicos tenían intención de reconciliarse con nosotros, de ahí los regalos, y estábamos aguardando su visita. Era como si la música fuera a hacernos amigos. El contrabajo era de la marca Yamaha y los músicos nos informaban de que se trataba de una marca muy seria, *pero que había divertido a mucho público*. Los músicos daban clase en una escuela y me explicaban los sonidos del contrabajo, que se asimilaban a los de los elefantes.

Algunas chicas de raza negra se saludaban y para ello debían hacerlo sin tocarse los pechos. Un chico jugaba al fútbol y era especialmente habilidoso. Me encontraba en la terraza de un hotel restaurante en compañía de una chica de los músicos, que estaba pensando en casarse con el talentoso futbolista. Una amiga le recomendaba que no se obsesionase con la boda, a lo que la músico alegaba que cómo no iba a casarse con ese chico si era un completo desastre.

Un niño, para pedir algo en la terraza, me preguntaba qué era el ánodo y el cátodo, y cómo se dividía un átomo. No le ofrecí mucha información al respecto y pedía una suerte de tarta de limón. Observaba lo que se había pedido la amiga de la músico: un café con limón que tenía mejor pinta que mi tarta. No obstante, mi tarta resultó bastante aceptable. Una señora algo mayor y con algo de sobrepeso nos atendía, vestida de sirvienta. Su jefe la llamaba para comunicarle que había de trabajar el puente, cosa que a la señora le pareció bien porque le gustaba trabajar, igual que a la músico casarse.

Halcón viajes

Chateaba con un viejo compañero de la facultad y, en medio de la conversación, me aseguraba que eso que él decía, lo secundaba también B. Yo me preguntaba quién era B y B resultaba ser Beatriz, su novia. Nos encontrábamos en mi antigua casa y la pareja nos preparaba una sopa de zanahoria. La zanahoria parecía cruda.

Viajaba en el metro con mi novia, con destino hacia las islas Canarias, donde nos esperaban mis padres. El metro era laberíntico y confundo este sueño con otro de una estación o un aeropuerto de interminables pasillos amarillos, donde subíamos y bajábamos escaleras mecánicas y nos confundíamos de avión o de andén[1]. Debíamos consultar en el móvil si el hotel estaba situado en la isla a la que llegaríamos.

El tiempo avanzaba inexorablemente y temía que mis padres fueran a enojarse. Atravesábamos torniquetes, pasos elevados y zonas con paredes desconchadas. Descubrimos que el hotel, en efecto, estaba en la isla de Gran Canaria, pero el metro, desgraciadamente, no llegaba hasta allí. Consultaba entonces un mapa en tres dimensiones de las islas a través del móvil y me parecían distintas a como las recordaba.

Tuvimos que salir a la calle y allí buscar una oficina de viajes. Era ya algo tarde y las oficinas habían cerrado. Solo quedaba una oficina abierta de Halcón viajes, en la que, antes que nosotros, había entrado una pareja, con lo que habíamos de esperar. Era posible que cuando entráramos no quedaran billetes. En la puerta de la oficina observé una inscripción que rezaba algo muy parecido a:

De lo público lo social y de lo social lo privado.

[1] Efectivamente, queda recogido en el sueño de *La barandilla*